

PEGASO

Montevideo, Junio de 1924.

N.º 72 — Año VIII.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

PEGASO rinde este homenaje a la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira con la convicción de que la noche que la envuelve, trae muy cerca la aurora que la consagra.

Con una juventud grave y profunda, murió prematuramente del mal de su inquietud, que es como si dijéramos, del presentimiento de su grandeza.

Aún estamos en el estupor de su muerte.

Ella fué entre nosotros, la primera en el tiempo y la mejor en el vuelo.

Las composiciones inéditas que damos en las páginas siguientes, dicen bien de su espíritu genial y de su corazón en llama.

Con estas letras iniciales, entiende PEGASO haber abierto la portada de este número.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

APUNTES

Al doctor Carlos Vaz Ferreira debo la exactitud de los datos de este esquema biográfico.

María Eugenia Vaz Ferreira nació en Montevideo el día 13 de julio de 1875.

Su padre: don Manuel Vaz Ferreira, de nacionalidad portuguesa, y de profesión comerciante, que se había hecho una cultura autodidacta muy completa.

Su madre: doña Belén Ribeiro, de las familias portuguesas de Ribeiro y Freire, y española de Navia.

De niña, María Eugenia Vaz Ferreira no recibió ninguna instrucción reglada, sino el poco de enseñanza del hogar y algún tiempo de maestra privada.

No asistió a escuelas públicas ni a colegios particulares.

El único estudio que hizo regladamente fué el de la música, con su tío León Ribeiro, que era un excelente ejecutante y compositor.

María Eugenia dominó de inmediato el alma sonora del piano, ejecutando con técnica suficiente y con expresión excepcional, desde muy joven.

El sonido y el colorido que ella sabía arrancar al teclado, fueron desde el principio cosa propia, de matiz y de vibración suyos, como expresión de un alma.

Tuvo desde las horas iniciales del piano, la ansie-

Jad de interpretar hondamente y de componer música a su antojo.

Así llegó con ímpetu y genio a sorprender a sus familiares con composiciones musicales, que en cierta época, alcanzaron, por su valor, a ser equivalentes a sus poesías.

Eran piezas finas, de una fineza extraña, y expresivas; de una expresión que en todo caso podría dar idea el género musical de Schumann, por más que sus autores favoritos fuesen siempre y sobre todo Chopin y Wagner.

El gran número de estas composiciones de María Eugenia se ha perdido lamentablemente, y sólo si apenas quedan a salvo dos o tres cosas de las de menor importancia.

Generalmente, María Eugenia no escribía sus composiciones, y el tumulto harmónico de su alma las guardaba en secreto para volcarlas a capricho en magníficas explosiones de genio que fueron con frecuencia una característica personal.

Las otras, las que escribió, se perdieron poco a poco, puesto que nunca las quiso publicar.

Del mismo tiempo, son sus estudios pictóricos con su tío Julio Freire. No perseveró en ellos, pero tenía naturales disposiciones artísticas, y ensayó motivos bellísimos con brochazos de color y de vida extraordinarios.

En literatura nunca hizo ningún estudio ni casi lectura de joven.

Todo fué espontáneo y natural como un canto alado, salvo los muy primeros ensayos de niñez en que ligeras influencias de Lamartine y Bécquer se transparentan a menudo.

Su primera presentación pública fué la lectura de un monólogo en un festival del Club Católico, cuando recién tenía diez y ocho años.

Desde entonces, comenzó a producir con profundo

concepto, como si en cada una de sus páginas pudiese belleza concentrada.

Nunca hizo libros, por más que insistentemente los proyectaba y rotulaba, pero al fin no se decidía a ello.

Sus poesías se fueron publicando como estrellas dispersas que la solicitud de los amigos recogía en las hojas impresas antes de que cayeran al vacío.

Así se conocieron por parte del gran público, los versos de María Eugenia y así ejercieron su influencia.

Cuando se creó en Montevideo la Universidad de Mujeres, su persistente inclinación a la independencia la llevó a aceptar los cargos de Profesora de Literatura y de Secretaria.

El ejercicio de esta última función administrativa le fué muy penoso y su temperamento resintiéndose pronto de aquella disciplina rutinaria, agravando su salud y dañando, sin duda alguna, su jardín interior.

En cuanto al cargo de Profesora, lo desempeñó de un modo excepcional. A pesar de tratarse de una clase de enseñanza secundaria, María Eugenia la dictaba como una clase de Facultad, a base de explicaciones propias y previa lectura personal y directa de todos los autores.

El estado precario de su salud la obligó prematuramente a acogerse a la ley de jubilaciones, dejando la cátedra con mucha pena, ya que en ella había puesto singular dedicación y cariñoso empeño.

Su obra literaria, después de los primeros ensayos muy juveniles, puede tal vez divisionarse en tres grandes períodos: ✓

Un primer período, bastante largo, que correspondería a la mayor parte de su producción publicada, — período muy personal y muy independiente, donde su genio abrió las alas y ensayó el vuelo libre de toda influencia.

Un segundo período, bastante breve, en que sufrió la influenciación del momento, sugestionada por el ca.

tro de Armando Vasseur y algunos otros poetas de la hora, a quienes ella admiró.

Y un tercer período, cuya producción sólo es conocida en pequeña parte, absolutamente personal y original, y en cuyo tiempo, su genialidad completada y exaltada por la vida y por el sufrimiento, llegó a un grado supremo.

De ese período saldrá su libro póstumo y con él, la consagración de su figura literaria.

Entre los autores que más admiró María Eugenia, figuraron siempre muchos de los grandes poetas alemanes, que conoció últimamente, cuando estudió sola el idioma para ir a leerlos, comprenderlos y traducirlos, de las fuentes originales.

Nunca como en estos últimos meses María Eugenia había llegado tan lejos en el antiguo deseo de publicar poesía en libro: un día alcanzó hasta hacer tirar pruebas de su primera selección, a la que puso por título "La isla de los cánticos".

Por este último título, María Eugenia abandonaba otros preferidos, como "Fuego y mármol", que habían servido para agrupar sus proyectos.

Una instintiva y suprema genialidad la hacía retroceder siempre ante la publicación de un libro suyo: quizás como nadie, sintió la repugnancia a ciertas manifestaciones de la publicidad, por ejemplo: a la exhibición de su libro en las vidrieras.

Para ella hubiera sido tortura angustiosa ir una vez, distraída en su celeste música de ensueño, a encontrarse con un libro suyo en el escaparate ruidoso de la librería, acechado por las miradas que pasan u olvidado de la curiosidad enfermiza de la gente.

Con un hondo sentido de su estado, resolvió en el último período de su enfermedad, la publicación definitiva que acariciara tanto tiempo, y encargó de ella, para el caso en que no pudiera hacerla con sus manos, al alto espíritu de su hermano el doctor Carlos Vas Ferreira.

El tiene en su poder, — y así nos lo decía con desgarrante emoción la tarde que fuimos a verle, — las pruebas originales de aquella ocasión que recordamos, y entre ellas están "El Regreso", "Invocación a la noche", y otras que publicamos hoy y que son inéditas.

El doctor Carlos Vaz Ferreira va a hacer muy pronto, apenas encalmado el espíritu dolorido, la publicación del libro que María Eugenia dejó dispuesto para entrar con él en la inmortalidad.

Sería de desear, y lo expresamos con el corazón abierto y con todo el respeto que la obra de la gran poetisa nos merece, que el criterio con que está hecha esa selección por la misma autora, fuera tenido en cuenta para las futuras antologías y para la apreciación.

Acaso, en el tributo de justicia póstuma, esto valiera tanto como mantener cotidianamente frescas las rosas rosadas que la admiración y la amistad pongan todas las mañanas sobre la parcela de tierra que compró a la vida.

De expreso y sin ánimo de ofrenda lírica, — que eso será para otra ocasión, con el espíritu en orden y el pensamiento claro, — hemos anotado, línea a línea, en lo que va leído, los hilos de seda y luz que componen el telar de la existencia de María Eugenia Vaz Ferreira, como si hubiéramos devanado sobre el fondo de un telón la madeja amarilla y blanca de su vida.

Con esos hilos brillantes, mañana o pasado tendrá la posteridad cómo recomponer su figura inmaterial, digna ya de la gloria inmóvil de las estatuas que en actitud votiva hubiesen prodigado sus tesoros y no tuvieran sino blancura de mármol en las manos vacías...

Al menos, así, habríamos dado con alma, nuestra contribución, más humilde y sencilla que ninguna, a la gloria pertinaz y dorada de su inmortalidad.

TELMO MANACORDA.

**POESÍAS INÉDITAS DE MARÍA
EUGENIA VAZ FERREIRA**

BARCAROLA DE UN ESCEPTICO

*Alma mía
Que tornas al viejo lar,
Con la red seca y vacía,
De las orillas del mar,
Con la red seca y vacía,
Que en la plenitud del día
No te atreviste a arrojar.*

*Yo he visto a los pescadores
Pescaudo gloria y amores
Que disiparon después,
Unos llevan cosas muertas,
Otros las llevan desiertas.
Lo mismo es.*

*Alma mía
Que la red seca y vacía
No te atreviste a arrojar,
Entre la arena y las olas
Existen dos cosas solas:
Morir o matar.*

*Alma mía
Que traes la red vacía
De las orillas del mar.*

LIBERATORIA

*Acordeón de raudas voces,
Que cerca del puerto sueñas
Tu canción hecha de adioses
Sin alegrías ni penas.*

*De adioses de tierra y mar,
Polvo y nube, luna y cielo,
En perpétuo vitornelo
De pasar, pasar, pasar...*

*Los eternos navegantes
Dejan su ruta infinita
Como los fieles amantes
Tienen contigo una cita.*

*Y las manos marineras
Te dan sus caricias vanas
Entre rotas cantineras
Y perfumados nirvanas.*

*Te cantan vagas canciones
Con la mirada perdida,
Por eso tienen tus sonos
Clamorear de despedidas.*

*Tienen cosas peregrinas
Que se van entre las brumas,
Gritos de albatros marinos
Y evanescencia de espumas.*

*Acordeón de raudas voces,
Tu corazón es de viento,
Y tu musical acento
Polifonía de adioses.*



*¡Oh! quién pudiera imitar
El alma tuya viajera,
Quien pudiera
Irse sin cesar...*

CON SOMBRA DE DUDA

*Pajaritos que vinisteis
A llamar en mi ventana
Prisioneros en las celdas
Volantes de las palabras.
Mensajeros melodiosos,
Vuestros gorjeos exhalan
Tristeza de tiempos idos
Y de remotas distancias.
¡Ay, quién tomarse pudiera
Una pastora de Arcadia!
¡Quién fuera una reina rubia
De las silvestres moradas!
Mis blancas manos podrían
Acariciar vuestras alas,
Y por si acaso trajisteis
Hambre y sed de alguna dádiva
(Cantares de tiempos idos
O de remotas distancias),
Yo de mi tesoro mismo
Sabrosa ofrenda os brindara,
Con trigos de mis cabellos
Y con agua de mis lágrimas...
Cantares de tiempos idos
Y de remotas distancias,
Pajaritos que vinisteis
A llamar en mi ventana...*



SÓLO TÚ

*Mi corazón ha rimado
con el corazón del día,
en un palpar flameante
que se convirtió en caricias.
Mi corazón ha rimado
con las rosas purpúreas,
y se cayeron los pétalos
de las corolas marchitas.
Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se quebraron las olas
en espumas cristalinas.
Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra,
guardas la inmortal caricia.*

BALADA DE LAS DULCES PERLAS

*En el crisol de tu boca
Quisiera verter mis lágrimas.
Esas derretidas perlas
Del hondo mar de mis ansias.
Sólo tú sabes ser bueno
Y envolver con tus palabras
La inquietud de mis caprichos
Y el vaivén de mi esperanza.*

*Aunque estés lejos, te siento
 Tan cerca, que no hay distancia
 Cuando en la noche profunda
 Se llora sin tener causa.
 Y en el crisol de tu boca
 Quisiera verter mis lágrimas.
 Yo sé que me las darías
 En dulces dichas trocadas,
 Esas derretidas perlas
 Del hondo mar de mis ansias...*

EL REGRESO

*He de volver a ti, propicia tierra,
 Como una vez surgi de tus entrañas,
 Con un sacro doler de carne viva
 Y la virginidad de las estatuas...
 He de volver a ti, gloriosamente,
 Triste de orgullos nobles e infecundos
 Con la ofrenda vital inmaculada!*

*No sé cuando labraste el signo mío,
 El crisol armonioso de tus gestas
 Donde estaba;
 Donde, la proporción de tus designios.
 Tú me brotaste fantásticamente,
 Con la quietud de la serena sombra
 Y el trágico fulgor de las borrascas...*

*Tú me brotaste, caprichosamente,
 Alguna vez en que se confundieron
 Tus potencias en una sola ráfaga!*

*Y no tengo camino.
 Mis pasos van por la salvaje selva*



*En un perpetuo afán contradictorio,
La voluntad incierta se deshace
Para tornasolar la fantasía
Con luz y sombra, con silencio y cauto...*

*El miraje interior dora sus prismas,
Mientras que siente desgranarse afuera
Con llanto musical los surtidores...
Siento cruzir los extendidos brazos
Que hacia el materno tronco se repliegan.*

*Temor, fatiga, solitaria angustia,
En un perpetuo afán contradictorio
Mis pasos van por la salvaje selva...*

*¡Ah, si pudiera desatar un día
La unidad integral que me aprisiona!
Tirar los ojos con los astros, quietos,
De un lago azul en la nocturna onda;
Tirar la boca muda entre los cálices
Cuyo ferviente aroma sin destino,
Disipa el viento en sus alas flotantes...*

*Darle el último adiós
Al insondable enigma del deseo;
Cerrar el pensamiento atormentado
Y dejarlo dormir un largo sueño,
Sin clave y sin temor de redenciones.*

¡Alguna vez me llamarás de nuevo!...

*Y he de volver a ti, tierra propicia,
Con la ofrenda vital immaculada,
En mi sayal mortuorio toda envuelta
Como en una bandera libertaria...*

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche, yo tendría
 Una palma futura, desplegada
 Sobre el gran Desierto!
 Si tú me das por una sola noche
 Tu corazón de terciopelo negro.
 Y yo, al compás de su morena sangre,
 Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo
 Sólo por el deseo
 De screnar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
 Sin el fulgor de luminosos astrus
 Sin marinos clamores,
 Y sin la voz que fuge
 En los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh, dulce noche mía!, ¡oh, dulce noche!
 Aunque el glorioso pájaro del alba
 Rompa después mi lapidario ensueño;
 Y un pulvo de inquietud arda en mis ojos,
 Y me seas de nuevo,
 Sólo una palma antigua, replegada
 Sobre el gran Desierto.

INVOCACIÓN

¡Oh, noche embriagadora,
 hecha de soledad y de desesperanza,
 que brindas en tu copa de azabache y de estréllas
 sobre la tierra ardiente en quietud derramada!

*Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos, vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.*

*Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...*

*Te espero día a día,
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.*

*Y en invisibles soplos
del numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguido
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.*

*Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda,
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes, con amorosa ciencia,
tenderte suavemente sobre el alma causada.*

*Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
la rúbrica del "Fin" está en tu oscura mancha,
aunque a besarte rengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.*

*Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.*

*Dale a los benditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!*



LA CORONA DE JESÚS

Página inédita, leída por María Eugenia Vaz Ferreira en el Instituto Verdi, con motivo de la Coronación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Iglesia de las Salesas, y que gentiles manos femeninas proporcionan para este número de homenaje.

“No me he sentido nunca tan indigna de una cosa como de esta misión que se me ha confiado, ya que yo, imperfecta y deficiente como toda obra humana, debo mezclarme en ella al más sublime y venerable de los acontecimientos, repitiendo una vez más, lo que ya resonó por sí mismo en todos los ámbitos de la tierra, cuando la voz de Dios habló por los labios de su Hijo, enseñando a los hombres y a las cosas que éste era el Rey del Mundo.

Coronar a Jesús, no es, pues, una misión difícil, porque sea necesario enaltecerle, sino porque uno desearía que todo aquello que en cualquier forma le condecora, fuera excelso y sin mácula.

Afortunadamente, al tratarse de Aquél, para cuya coronación no habrían manos suficientemente puras ni palabras bastante divinas, tratase asimismo de Aquél cuya misericordia infinita, da vida a la esperanza, alienta al buen deseo y a la osadía perdón.

Afortunadamente, la corona de Cristo, con ser la más angusta, no es símbolo de orgullo, sino de ternura y caridad; con ser la más triunfal, no es en Él atributo de soberbia, sino de tolerancia y beatitud; y luce en ella la más modesta gema.

Amasada con oro, con sudor y con sangre, con rosas y espinas, ella encarna todo el poema del sentimiento y de la mente; lleva en su oro sagrado, el fulgor que ilumina las tinieblas; en su sangre, mics de redenciones; en su sudor, riego de perseverancia; en sus espinas, dolor de sacrificio y en sus rosas perfumes de pasión.

Ungida con los más altos dones, el roce de veinte siglos no ha podido deslustrarla; resplandece al través de las evoluciones, en la luz y en la sombra, en la vida y en la muerte, en las albas gloriosas y en la noche de los desamparados...

Porque lleva en su forma la eficacia de una armonía superior, porque si una mancha la empaña, una gota de sangre justa la purifica; si un golpe la profana, un homenaje digno la ennoblece; porque siendo sólida e invariable en su bondad perfecta, es dúctil como el corazón humano; suave para el propio corazón humano, y bajo cualquier nombre, y bajo cualquier prisma, regirá original y eternamente a la conciencia universal.

Así es la corona de Jesús; así está sobre su frente; ofreciéndose a todas las cabezas; accesible para todas las manos; brillando para todas las pupilas, como una estrella inmortal de sabiduría y de esperanza.

Por eso, con la humildad de mis miserias, pero con la confianza de un grande amor, yo digo: —Jesús, Rey del mundo; Rey del cielo; Rey de los piélagos y los astros; —Jesús, Rey del Universo; — en pasado, en presente y en futuro; ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos”.

MARÍA EUGENIA VAS FREIRE.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Me es difícil escribir algo sobre María Eugenia Vaz Ferreira. Tal vez podría contar acerca de la poetisa algunas anécdotas curiosas; en cambio, de sus versos, estoy seguro que no acertaré a decir nada interesante. Como todo el mundo, sólo conozco de ellos los que han corrido y permanecen dispersos en diarios y revistas. Eso es evidentemente poco para hacer una apreciación de conjunto. Temo además no conocer lo mejor. La última vez que María Eugenia Vaz Ferreira habló conmigo, acababa ella de componer la poesía que, en ese momento, consideraba superior a todas las otras. Es la que se titula *El regreso*. Me dijo que me la recitaría con la condición de que a nadie se la repitiera, porque rodando y rodando referencias sobre la misma, alguien podría robarle sus ideas y publicarlas como cosa propia antes que ella. No quiso, naturalmente, ni consentí que me dijera los versos. Medio en serio, medio en broma, como siempre conversábamos, le advertí que ciertamente ella habría comunicado y comunicaría a muchas personas su producción más estimada, y que yo no quería tener parte en sus reproches y sospechas si llegaba a cumplirse el robo recelado.

—Ahora, me contestó, se la recito, porque estoy segura de que no repetiré nada.

—Pero, le contesté, yo no quiero saber nada de la composición hasta que salga en letras de molde.

Ni entonces ni después supe otra cosa de *El regreso*. (1) ¡Cómo hablar así, de una poetisa, ignorando quizás lo mejor de su producción, y conociendo en todo caso, y malamente, sólo una escasa parte de ella?

Fui yo uno de los tantos que instaron siempre a María Eugenia Vaz Ferreira a que por fin, después de una eterna espera inacabable, publicara en libro sus versos. Todos alrededor de ella se hacían lenguas para alabarlos. ¡Hubo realmente alguien que los conociera bien! El excelente librero Manuel Pérez y Curis me había pedido alguna obra para editar. Yo lo dirigí a María Eugenia Vaz Ferreira. Sé que hablaron varias veces del asunto y que desde las primeras palabras estuvieron de acuerdo en hacer la publicación del libro tan deseado. Ello, según afirmaba, tenía ya recogidas en cuaderno sus composiciones selectas. El no hacía

(1) Delo n la amabilidad del señor Telmo Manacorda, el conocer, después de escritas estas páginas, *El regreso*. Es probablemente la composición más personal de María Eugenia Vaz Ferreira. Dice en ella su alma y el tormento de una inquietud perpetua sin orientación y sin objeto, su orgullo noble y triste de sentirse superior y aislada. "No teugo camino" — exclama, y pide el reposo, la pacificación definitiva de la muerte. Ella quisiera

*Errar el pensamiento atormentado
Y dejarlo dormir un largo sueño
Sin clave y sin temor de redenciones.*

Hay en esta poesía una contestación altiva de mujer al desenfreno pasional de las poetisas que se entregan a transportes báquicos. Delmira De Agustini compadece la insensibilidad de las estatuas. María Eugenia Vaz Ferreira ofrece soberbiamente a la tierra del sepulcro, su virginidad de estatua. No es una simple coincidencia de expresiones. En la identidad de las palabras está marcada la oposición del sentimiento: allí sensualidad frenética, aquí austeridad valiente.

más que pedir las y esperarlas. Uno, entre los muchos y largos días de las tratativas inútiles, María Eugenia Vaz Ferreira me dijo que estaba dudando entre dos títulos: *¿Las islas de oro o Mármol y fuego?*

—*¿Las islas de oro?*, le pregunté. *Las lunas de oro, Las montañas del oro*; es mucho oro para el Río de la Plata.

—¡A la verdad!, repuso ella, riéndose, como siempre, con sus carcajadas estrepitosas y rápidas.

Dicen que se inclinó después al otro título; pero el libro no se hizo nunca.

¿*Mármol y fuego?* Todos los comentadores de su obra han hallado, como Dios cuando en el paraíso Adán llamaba a las aves del cielo y a las bestias de la tierra con las palabras que debían designarlas, que la poetisa estuvo feliz en esa elección del nombre. Todos han opinado que el mármol simboliza la pulcritud noble de una labor perfecta, y el fuego la pasión entusiasmada y sublime. Para ellos María Eugenia Vaz Ferreira ha sido una parnasiana sobresaliente. Hay quien ha dicho que no tuvo la frialdad impasible de la escuela, y quién ha dicho que la escuela no fué impasible ni fría, sino vivida y ardorosa, pero dominada por el celo de una forma serena de perfección insuperable, como la poetisa.

Confieso que no me gusta el título *Mármol y fuego* y que no sé ver en María Eugenia Vaz Ferreira, nada, nada absolutamente, del parnasianismo. El título *Mármol y fuego* me parece artificial: él uno, pero no asocia, no compenetra sus dos elementos dispares; da el mármol y el fuego separados y es incapaz de sugerir una imagen activa de emoción y pensamiento en que ellos se fundan. Pienso, por contraste, en aquel símbolo maravilloso con que D'Annunzio representaba el espíritu lúcido y sensual de Venecia con una llama ardiente en la frescura del agua.

Es probable que la admiración vivísima de María Eugenia Vaz Ferreira por los parnasianos haya inducido, más que su misma obra, a calificarla dentro de esa escuela. Una vez la oí decir con la arrogancia propia de su carácter irreprimible: "Si yo no fuera la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia". Nada, sin embargo, más contrario a su manera que la poesía de Heredia, objetiva y serena, rica de estudio y trabajada con arte insuperable.

En la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira no se da nunca el contacto con la realidad. Ella no se acomoda jamás a un motivo exterior; antes al contrario, es como la protesta del espíritu herido por cuanto lo rodea, que se recoge en sí mismo o se levanta, desdenoso de la tierra y de los hombres, en alas de una arbitraria voluntad de exaltación quimérica. Todo su amor está puesto en lo imposible (*Heroica*); tiene sueños "de púrpura y de oro" (*Triunfal*); quiere ser como la roca erguida sobre el oleaje inútil de los mares y como la cumbre altísima arrobada en el esplendor de los astros (*Invicta*); desilusionada y resignada, nada solicita, nada neopta de la vida (*Balada del escíptico*). Sólo anhela para las cosas del mundo la paz del olvido, y sin embargo, no es tranquila. Su canto grita con entusiasmo la soledad orgullosa de su alma altiva. Se siente resucitada en la embriaguez del verbo alucinante (*Resurrección*); cuando llama al amor toma actitudes bélicas de amazona y prorrumpe en retos de lucha (*Rendición*); amenaza al amado con terrores apocalípticos de las más celosas fiebres (*Yo sola!*); busca para sus trasportes violentísimos una tregua en la noche y el aquietamiento definitivo de la muerte:

*¡Oh, noche embriagadora,
Hecha de soledad y de desesperanza!
Dale (sic) a los benditos (sic) que todavía sueñan*

*Tus árcos lentejuelas y tu hostia de plata;
Y a mí, que te desco inextinguible y única,
Dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermanal*

(Invocación).

Íntima y agitada, María Eugenia Vaz Ferreira, sin las cualidades de fondo de los párnasianos, fué también por la forma de su producción, lo más opuesta posible a esa escuela literaria. Ningún verso más irregular, más libre y más caprichoso que el suyo. Hizo del ritmo y de la rima, lo que su antojo del momento quería. Lejos de respetar en el lenguaje las exigencias de una tradición clásica o de un gusto difícil, lo amoldó a sus propios y personalísimas voluntades sin despreciar siquiera los errores y licencias del vulgo.

Nada tuvo de los párnasianos, ni el pensamiento lúcido, ni la imaginación plástica y precisa, ni la objetividad perfecta, ni la curiosidad arqueológica, ni el dominio de sí, ni el celo de la forma exacta y equilibrada. Los poetas párnasianos casi siempre describen y alguna vez narran: se dice que pintan, modelan o esculpen. María Eugenia Vaz Ferreira no tiene en toda su obra conocida un solo cuadro ni una sola escena. Su modo en la poesía es el canto que invoca y evoca. Ella canta su pasión con fervores de arrebato. Su *Oda a la Belleza*, lo mejor entre lo que de ella se ha publicado, es el himno de la adoración extática:

¡Oh Belleza, que tú seas bendita!

Límpida, firme, sana e ímpoluta.

Oasis infinito,

Que prodigas los éxtasis beatos

Y las románticas contemplaciones.

*Fluye de ti maravillosamente
Una gloria serena y luminosa,
Una fruición serena e inesfable.*

Crisol de místicas depuraciones

*Eres inaccesible.
Eres pasiva y sola,
Sencilla y sobrehumana.*

La actitud poética en María Eugenia Vaz Ferreira es la entrega entusiasta del alma en una total suspensión de los sentidos. Se la ha llamado cerebral tal vez a falta de otra palabra que exprese de mejor manera el despreñimiento de toda impresión física. Su expresión más personal y genuina es la que pierdo el pensamiento en la indeterminación de algo vago o inabarcable; así la que invita la esperanza a que

*... otra vez abrazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra; 2*

así las que dicen la "nebulosa trágica del tedio" o "la desolación de una esperanza ciega" y "los maravillosos poemas estelares" o "el ciprés del silencio, largo y mudo".

"Si yo no fuera la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia". ¡Palabra ambiciosa y justa! Nada importa lo que valga la producción de María Eugenia Vaz Ferreira comparada con *Los Trofeos* sin par. La poetisa, fiel a su idiosincrasia, no podía realizar sinceramente sino lo que sinceramente había hecho. La poesía que ella admiraba sobre todas las demás en los otros autores, por lo mismo que era ajena, aunque admirable, no podía ser suya. Ella estaba contenta con su obra, y tenía en esta satisfacción la más alta recompensa que puede alcanzar el trabajo del hombre en la tierra.

“Fuí más artista que mujer”, declara en una de sus poesías; pero no hay que dar a estas palabras un sentido que no tienen. No ha querido María Eugenia Vaz Ferreira expresar con ellas que el arte fué todo o lo más importante en su vida. Habla sólo de un momento pasajero. En su ficción poética, junto al hombre que ella acaso pudo amar, la artista eclipsó en ella a la mujer, y el arte venció al amor. (Perdónese que altere un poco las cosas: en la *Berceuse* el efecto del arte que vence al amor no es la admiración, sino el sueño; pero de todas maneras, lo que triunfa del amor es el arte). María Eugenia Vaz Ferreira fué muy superior a su obra; no sé encontrar en ésta el encanto singular que tenía su persona. Oírla conversando, tratarla con la amistosa confianza que ella imponía con su natural desenfado, era un deleite continuo. Me parecería una traición a su amistad decir que prefiero a sus charlas, tan amenas siempre, y tan locas a ratos, las composiciones contadísimas que de ella conservo. Yo hubiera querido reconocer en sus versos lo que tan simpática la hacía en su trato: la espontaneidad libre, una alegría franca y reidora; su viva inteligencia, el desprecio de las gentes sin personalidad, el amor de toda grandeza. Su poesía no es ella. Sin duda está hecha con sus mayores entusiasmos; pero no tiene su carácter. Ofrece, a lo más, un poco de lo que la poetisa reservaba encerrado en lo más oculto de su espíritu. Antes me he referido a las raras composiciones en que me parece reconocerla más o menos vaga o indirectamente. ¡Cuán borrosa y pálida entrevemos apenas, en esas poesías, la imagen inolvidable de la que fué entre nosotros María Eugenia Vaz Ferreira! Su arte, su literatura, no fué para ella más que una escapatoria contra el tedio. Desde muy joven debió sentirse asfixiada en el mundo de las personas respetables. No podía reducirse a vivir en el contento de las aparien-

cias frívolas. Era, por otra parte, demasiado noble para conservar esas apariencias despreciándolas. Tengo aún presente en mis recuerdos, como una cosa de ayer, su primera aparición de gracia ante mis ojos. Yo no la conocía y ella era ya célebre. Una tarde, al anoecer, me crucé en la calle con ella; me acompañaba una persona de su relación, que la detuvo. Ella era muy joven; estaba contenta; acababa de realizar una hazaña inocente, y la contó riéndose como siempre se reía, con toda su alma, con todo su sér feliz. Había llegado sola en tranvía a las afueras de la ciudad; había descendido sola del tren, entre un montón de gentes severas; y en medio de la calzada, sola, impertréble ante la estupefacción de todos, había esperado y tomado, sola, para regresar, el primer tren que volvía al centro. Había sido como la travesura de una colegiala que se aburre en la austeridad monótona de la clase pesada y la rompe con el grito de su fatiga rebelde a la disciplina. —“¡Vengo de *épater le bourgeois!*”, nos dijo triunfalmente. Toda María Eugenia Vaz Ferreira está en esa anécdota. Ella fué siempre la mujer que no se aviene con la rigidez inútil. En un mundo en que todos se defienden escondiéndose, ella se mostró siempre cual era, natural, alegre, expansiva, inquieta, turbulenta. Tuvo la superioridad de la franqueza. Entre mujeres que hacen del artificio una coquetaría, ella, que fué mujer de alma grande, tuvo la coquetaría de mostrarse, abierta de corazón, con el encanto supremo de una personalidad original y fuerte. Pareció rara. Las señoras graves fruncían ante ella el entrecejo mientras los hombres y las niñas la rodeaban con aplauso y con mimo. A todos seducía su gracia, a todos imponía la rectitud de su espíritu. Para los más fué la poetisa, la literata, ella que tal vez sólo hubiera querido ser, en toda la plenitud de su alma sincera, la mujer de gran corazón y gran inteligencia que asomaba entre sus risas.

Le dieron un buen día la cátedra de literatura en la Universidad de Mujeres. El profesorado, que a tantos hace odiosos, a ella la hizo simpática. Fué la única en reirse de su profesorado. Lo ejercía con la libertad más absoluta; sus discipulas, a quienes en cada uno de sus gestos daba una lección de vida propia, la adoraban. Recuérdese cómo, contra toda costumbre, acompañaron su cadáver al cementerio, y cómo hablaron después, por boca de la señorita Sofía Alvarez Vignoli, en el acto de recordación celebrado en la Universidad. Nada sabía de cursos ni pedagogías, pero realizó, sin proponérselo, el ideal del mejor magisterio: fué un fermento, un estímulo vivo de la juventud femenina en las aulas. Durante un tiempo, encantada y burlona, preguntaba a sus amigos si sabían qué es la polipote: ella acababa de descubrirlo y sonreía a la sorpresa del nombre ignorado para la cosa archiconocida. La oí interrogar, en exámenes de tercer año de bachillerato, a una jovencita cubierta de cintas y flores artificiales, sobre las diferencias del escepticismo (sic) en Manrique, Larra y Bécquer. Ante la pregunta, la examinanda y yo quedamos estupefactos, ella de boca cerrada, yo de boca abierta. María Eugenia Vaz Ferreira, impertérrita, pasó a otro tema con la tranquilidad segura de quien sigue su habitual camino. Así era ella, desconcertante y naturalísima.

Así a lo menos la he visto y la veré yo siempre que la recuerde, con su figura bohemia y soberana; el rostro amplio y atezado, de frente enérgica, de fuerte mandíbula, con la boca de labios gruesos pronta para la risa fácil y cordial, con las dos cejas vivas de los ojos lucientes, bajo la maraña, con reflejos cobrizos, de su pelo oscuro; el cuerpo grande, que pudo ser el de una diosa y que fué, no más, la caja de un corazón impetuoso y el soporte de su cabeza soberbia; la mano y el brazo inquietos en ademán intenso de fiebre nerviosa.

Ella dijo a la Belleza:

*Entre la suficiencia que te alaba
Y la interpretación que te traiciona,
Tú te levantas religiosamente.*

Yo quisiera que estas páginas, que no pretenden alabar a la poetisa como ella se merece, ni interpretar su obra preclara, tuvieran la virtud de evocar en el lector una sombra siquiera de su espíritu y su genialidad.

LAUXAR.

Julio 20 de 1924.

SONETO

(En memoria de María
Eugenia Vas Ferreira)

*Has entrado en la muerte, como un barco en el mar
que buscara entre sombras una hermosa ribera.
Has partido del mundo como una primavera,
como una melodía que se suelta a volar...*

*Sufriste hasta la angustia la locura de amar;
consumía el ensueño tu corazón de cera;
y cerrabas los ojos para que nadie viera
que, ante tus desventuras, estabas por llorar.*

*Amazona de nubes, que en pos de la quimera
de lo bello, dejabas que tu vida corriera,
¿cómo de tantos viajes no te ibas a cansar?*

*Hoy hallas en el sueño de la noche postrera,
el silencio divino que tu alma quisiera,
y la paz infinita: —ya puedes reposar...*

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

MARIA EUGENIA

(Versión taquigráfica del discurso
del doctor Emilio Frugoni en la Uni-
versidad de Montevideo):

Me sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¡Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio! Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

Maria Eugenia Vaz Ferreira se fué de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar — el tiempo mediante — los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ese es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer lacias las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos ele-

gidos procurando el instante de abandono o de cansancio que le permita arrebatarse traicionadamente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre de lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oír por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando

la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Sainain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos y nimbos que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Peluso, Walkyria Helicada y soberbia, hacía oír su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza: sin velos. Ella se atrevió a decir con estúpida exaltación lo que los poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales dichas de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciándolo con tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebató erótico de su

estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en algunas de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana — con algo de Heine y de Goethe — a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía — eso es — por la elevación de los temas — el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte — y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándolo sonos graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la muerte en una onda de sugerencias infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, angustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mauseos. Recordemos sus cantos a la noche, y sobre todo este:

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche!, yo tendría
 Una palma futura, desplegada
 Sobre el gran Desierto,
 Si tú me das por una sola noche
 Tu corazón de terciopelo negro.
 Y yo, al compás de su morena sangre,
 Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

 Mi canto será vivo,
 Sólo por el deseo
 De serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
 Sin el fulgor de luminosos astros,
 Sin marinos clamores,
 Y sin la voz que finge
 En los cáncros sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh dulce noche mía! ¡oh dulce noche!
 Aunque el glorioso pájaro del alba
 Rompa después mi lapidario ensueño,
 Y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
 Y me seas de nuevo
 Sólo una palma antigua, replegada
 Sobre el gran Desierto.

Por otra parte, era la suya de esas almas que sienten la voluptuosidad de sus punzadores afanes y hallan en esa tortura una virtud y una razón de vivir. Ella podría, acaso por eso, suscribir en cierto modo y desde cierto punto de vista, aquellos versos de Giordano Bruno, el filósofo, poeta y mártir:

“Eli bench'il fin bramato non consegna
 E'n tanto studio l'alma si dilegna
 Basta che sia si nobilmente accesa”.



MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Aunque no consiga el fin deseado y de tanto arder el alma se consuma, basta que sea tan noblemente encendida.

Pero, ¿por qué se asocia en mi mente el recuerdo de Giordano Bruno al de María Eugenia? No es, como pudiera parecer, una aproximación fortuita de dos nombres en esta hora de solemne recordación. Yo tengo una razón especial, personalísima, muy mía, para introducir en este discurso la sombra de aquel gran mártir de la libertad de pensamiento. Es un episodio que vive en mi memoria como una estrella inapagable. Séame permitido relatarlo aquí.

♦ Daba yo en este mismo recinto una conferencia sobre Rodó. Entre la concurrencia, sentada en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de asientos, — me parece estarla viendo allí todavía, — se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, comentando las ideas de Rodó en su *Liberatismo y Jacobinismo*, trajo a colación el gesto de Giordano Bruno, cuando momentos antes de cumplirse la bárbara sentencia, un fraile le acercó a los labios un crucifijo para que lo besara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque veía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la alucinación de la iglesia que lo condenaba a la hoguera.

María Eugenia — la estoy viendo — se levantó en señal de desagrado y se retiró, altiva, del salón. Otras señoras, sobre todo en las galerías, se creyeron entonces obligadas a protestar también, retirándose. Su actitud fué propicia al menguado interés de mi conferencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la muda protesta, estalló en calurosos aplausos de desagravio. Pero, allá — también me parece estarla viendo — en aquellas localidades altas del segundo plano, estaba mi madre, que había venido a escucharme con ansiedad y ternura, y tal vez, hasta ese instante, con

alegría. Mi madre era católica ferviente. Quizás mis palabras, que no encerraban — lo aseguro con energía — agravio alguno para ningún sentimiento religioso sincero, le hubiesen pasada inadvertidas o las hubiese comprendido en su respetuoso alcance real. Pero el gesto de María Eugenia y el movimiento de retirada provocado por ésta, le hizo pensar, sin duda, que yo era un blasfemo y me vió despreciado por los corazones devotos como un delincuente sin perdón.

Y al día siguiente, cuando fui a verla, mis hermanas me enteraron — porque ella nada me dijo ni yo pude decirle nada — de que se había pasado toda la noche desvelada y llorando. La acongojaba probablemente la visión de su hijo hereje, del cual se apartaban con horror las almas piadosas. Y acaso se creía un poco responsable, por ser mi madre, de las blasfemias abominables brotadas de mis labios.

No pude menos de sentir un sentimiento de rencor contra María Eugenia. Ella había provocado esa crisis creando la situación teatral que había sumido en la angustia el corazón de aquella santa mujer para quien su hijo fué tanto un amor entrañable como una preocupación dolorosa...

A los pocos días, María Eugenia trató de verme y fué con ese fin a una casa donde sabía habría de encontrarme.

¡Está muy enojado!, me preguntó.

—Debería estarlo, le respondí. Pero ya no lo estoy.

No supo que ella había sido la causa ocasional de uno de mis grandes sinsabores. Desde entonces, como si tuviese el presentimiento de haberme hecho daño, de haber agregado un poco de dolor al drama íntimo de mi vida, se me acercó espiritualmente, hizo más ceñida y bondadosa su amistad, que caldeaba con el fuego tranquilo y próximo de las confidencias literarias.

Adivinó, así, su amargura cuando se la relegó un poco al olvido, sobre todo ante la aparición gloriosa de un astro que acrecentó de golpe la luz del mundo, cerniéndose sobre nuestro espíritu con las alas vibrantes de un pájaro ebrio de azul y de sol. Era la irrupción alada de Juana de Ibarbourou, que nos trafa una música ingenua e inmortal, hecha del rumor de los árboles, del alborozo de las aves, del murmullo de los arroyos, de la canción de los vientos, y nos inundaba el alma de un perfume de praderas en flor, de pasto verde, de campo fresco y de mañanas de primavera.

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tiene importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con esa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervores cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del Renacimiento en que la fantasía del poeta mezolaba los dioses gentiles del Olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un *leit-motif* wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su "hermana" la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán

de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La "hermana Noche" le ha dado "la eternidad de su silencio", que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso "árbol nocturno", como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carró de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incesantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar a la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embringarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, npretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

EMILIO FRUONI.

GESTA DEL MAR

Consegro estos versos a la clara memoria
de María E. Vas Ferrelra.

J. L. J.

*¡Sangre del Mundo, Mar, sangre del Mundo;
plasma fecundo,
inmortal,
donde el germen está de la Existencia,
que luego es planta y luego es animal,
y luego instinto y luego acción consciente,
y rumor y bramido y llanto y voz,
más tarde inteligencia,
y, arriba, genio, y, así, casi Dios!...*

*Sapiente
y sumo destructor y sumo autor
de cosas y de seres, creador:
(pues en tu seno está la fuerza eterna
que al Gran Todo gobierna,
como en el Aire — el Aire, que es tu hermano —,
como en el Eter vano
y fraternal está; como en el Fuego...).*

*Minero formidable ¡cómo cavas,
cómo cavas la roca y, en tus babas,
— formidable minero —, en tu saliva
áspera y corrosiva,
la desintegras y disuelves, luego...*



... Y, en ciclos infinitos,
bajo el ritmo callado de tus normas,
integras, otra vez, con los detritos,
un órgano vivaz, o muertas formas!...

En avance de grado, y no de saltu,
tú, al igual,
elaboras,
— sin contar más los siglos que las horas —
feérico palacio en el basalto
y primorosas gemas de cristal.

Arquitecto, estatuario
y pintor,
(¡Oh energía genésica del Agua!):
el abismo
donde bates tu inmenso dinamismo
es matriz, es crisol, taller y fragua.
El material que mueles es tan vario,
tan varia es su estructura y su color,
como el designio de la Omnipotencia.
Es vario, como vario es el amor
sin límite ni nombre
de la Suprema Esencia,
que va desde la mónera hasta el hombre;
como es varia y sin límites su ciencia...

Cual artista que fuéres — inconsciente —,
tú te complaces en los esplendores
de todo lo creado; y eres campo
con tus sargazos rudos; cordillera
con tus tímpanos lucios; y torrente
con tus ríos sin fin, reguladores.
Y eres toda la Esfera
si el Zodíaco rueda en tus espejos;
y lo eres, asimismo, cuando el lampo,
con su gladio de cárdenos reflejos,
te hiende fugazmente...

*Se diría que, bajo el sol, te alegras
y que te encolerizas bajo el viento;
que amenazas en medio de las negras
noches sin astros; que los astros mismos,
— cual desinteresado pensamiento —
apacuan tus furiosos paroxismos.*

*Fatal y necesariamente bueno:
tú distribuyes el valor y el frío
en el orbe terreno,
como si te sintieses justo y pio.
En tus azules brazos que palpitan,
tal cual un vivo músculo que fuera,
el Ecuador y el Polo se visitan.
Por ti, ablanda los hielos Primavera,
y es por ti que desciende hasta la hoguera
del Trópico, el Otoño aplacador.
Por ti prospera, en el glaciar, la planta;
y, allí, vive prolífico el Amor.
Y por ti, en el flamígero Ecuador,
hay fosca selva y húmeda pradera,
y hay pájaro que canta,
y hay aromada flor.*

*Tú mismo,
también acaso tengas voluntad
y hayas, acaso, amor;
pienses y sientas como piensa y siente
la humana gente...
Y tal vez, con dolor,
en tu matriz deforme, (y el abismo
¿será como es la entraña?), tú concibas...
...Si es vibrar, el vivir, y afinidad
es tanto como amor... acaso vivas...*

*Si, vives, sí, cual la ciudad enorme,
como viven los mundos:*

*con múltiple vida multiforme,
que igual alienta y crece en tus profundos
légame y en las flores de tu espuma;
y en todos planos y de todas suertes;
y es incontable suma
de individuales vidas y de muertes
individuales, en fatal secuencia,
pues, así, de biocosmos es tu esencia.*

*El hombre, tu remota criatura,
matando a Poseidón, supo el secreto
de tu abundancia, fuerza y hermosura
y lo redujo a logaritmo escueto...
a cineáticas... biogenias... prismas...
Y tú, como en venganza,
ofreces, cual cimbel, a su esperanza
falaz, y a su engreído y loco ardor:
ya el sortilegio aciago de tus olas,
ya la cuervante paz de tu bonanza,
ya un voraz horizonte promisor...
... Y alguna vez lo inmolas
a su codicia y a su audacia mismas.*

*Pero nada perdió tu poesía
con la nueva verdad, grande Océano.
Ella está en tu magnífica energía;
está en lo manifesto y en lo arcano;
y está en lo nimio y en lo formidable;
en la materia muerta y la viviente;
en lo estable y fugaz y en lo durable,
y está en lo cierto y en lo contingente...*

*Y en que fascinas, por diversos modos
y en todos tiempos, a los hombres todos...*

Aquí el juglero terminó el «Cantar
de la Gesta del Mar».

JULIO IBERNA JUANICÓ.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Cuando en nuestro ambiente literario aún restaba, con predominancia irrefutable, un conjunto de anticuarios de la frase, de ropavejeros de la estrofa indumentada con los hárapos últimos y desvaídos del romanticismo ya vetusto, María Eugenia Vaz Ferreira halló una vida nueva y rizó con brisas recientes los lagos donde botó, como esquifes con talla de marfil, la flotilla de sus cisnes indolentes. Oyó voces desusadas, de una mocedad opulenta, y en su alma acústica tuvo resonancia límpida la dicción de los poetas acandillados, sobre las tierras surianas, por Rubén Darío, y, sobre las tierras francesas, por los Duces de la rima fastuosa, la renovación extraña de las imágenes y las afirmaciones de un esteticismo sorprendente. El viejo galeón del clasicismo español, cuyos versos paralelos, ajustados a ritmos severos, a un compás majestuoso, son como remos fraternales, de longitud similar y vuelo parsimonioso, con sus estivaduras de oro antiguo, estaba anclado entre el rumor de las oleadas líricas de su escuela valiosísima; y la intrepidez romántica, de espada al cinto, melena volante y capa de raso abundoso en pliegues largos y con una profusión de orientes como un nécar tornadizo, había, en donde las jóvenes tendencias triunfaban, descolgado de los balcones la escala idílica que en sus ascensos siempre parecía dirigirse al cielo, acaso porque Víctor Hugo dijo que el Arte es el azul...

Entre ese término y ese principio de modalidades, surgió la poetisa. — Surgió así como con el desgarro de su destino superior, sin rendirle a éste una lealtad cotidiana, sin darle a su obra una continuidad, un método o una finalidad prevista. Empezó a deshojar, con cierta displicencia, sin apresuramiento, la margarita de su alma. Y así, interrogando con esa celeste pereza a la Gloria, la Muerte la sorprendió, surgiendo ésta de entre los pétalos de plata de la flor oracular, como una respuesta tremenda y definitiva. La soñadora, de vez en vez, abría el ventanal de su castillo interior, y, entonces, hacia la calle surgía el esplendor de la fiesta íntima, surgían el matiz y la luz, esos atributos de la piedra preciosa; y después del instantáneo lumbrarazo el silencio corría nuevamente su visillo negativo, su cortina insonora y misteriosa. Por eso, la obra de María Eugenia Vaz Ferreira ni es abundante ni está unificada por una premeditación centralista. No dió un eje unánime a la radiación de sus energías mentales. Su obra fué una dispersión de perlas carentes del hilo promiscuo que las anillara, que les diera la unidad de la joya única. Colores varios, músicas dispersas, albas ruborosas, ponientes de amapolas, con azul y rojo. Es porque ella misma no encontró, para fundamento de una disciplina, su definición, su riel decisivo, su propósito con lejanías de meta alucinante. Por no haberse encontrado ella misma, cruzó el espacio del arte nacional como un meteoro sin ruta celeste previamente determinada; como una de esas estrellas errantes que, sin el espíritu gregario de las demás estrellas, se apartan de las poblaciones de los astros, y en traza deserción esplendorosa, llenas de un fulgor solitario, cruzan por el aire desgranando su espiga de oro en chispas fugitivas.

Se sondeaba en un cateo del espíritu. Se adentraba en staf buscando la veta oculta; y de esas inquisiciones

Íntimas, brotaban chorros diáfanos y sonoros. Sus estrofas están llenas de dulces jugos, como naranjas amieladas por la madurez. Y, como éstas, tienen corteza de sol. Sobre sus estrofas, como la bruma perfumada, como el humo florido de enrulamientos sobre la cazoleta del incensario, flota un ansia vaga, un deseo impreciso, un humo fragante. Y la estrofa morbida, con vitalidad excedente, como un seno virgíneo y sano sobre un pecho de Madona del Renacimiento, contrasta, en su plenitud ilustre, con esa niebla sutil, inasible, leve y olorosa. Ante ese contraste se cree ver el aleteo lento, sobre una estatua de mármol robusto, de un velo inquieto prendido a ella como un alado cautivo. Esa voguedad sugerente, esa niebla de jardín, es lo indefinido de la personalidad literaria de esta rimadora, flotando sobre lo concreto, sobre lo eterno y admirable de sus realizaciones artísticas.

En la acción verbal de María Eugenia Vaz Ferreira hay algo que no es femenino ni acusa varonía. Para femenino es demasiado enérgico, rotundo, valeroso. Para músculo no tiene el brazo capaz de embrazar la adarga de la justa. Es que la escritora, dentro de una modalidad particular, se salía de la mujer, como de un huerto de gardenias, sin entrar al áspero reino de los hombres. Vivía entre una y otros, como en un androginismo espiritual, con fronteras castas y resplandecientes. El lirio blanco en sus manos parecía, más que una flor angélica, una campana de plata: es porque sus manos más estaban construídas para convocar los espíritus para las "Oraciones a la Belleza", que para perfumar, con ritual dulzura, un éxtasis ante los altares silenciosos.

Fué amazona del Pegaso brioso, espumesciente, de alas cual llamaradas de color de rosa, a la manera de las de aquel caballo sagrado que azota al cielo claro en el soneto herediano. El jerifalte y el azor supieron

de su puño hábil con el que los sacaba de la alcántara para, en las horas de las cetrerías divinas, dar caza a las palomas blancas del sentimiento. Y esas palomas sangrantes, sobre la brasa tibia de la herida, con las alas llorosas de rocío fueron presentadas por María Eugenia, como sobre la impasibilidad de un ara, en la exhibición formal de alguna estrofa. La lágrima no fué de su predilección. Con ella no iluminó, como con un diamante dócil, el fondo de su cántaro. Llenó su vaso sin grieta o con aguas de torrente arisco o con aljófares que, sin claudicar el orgullo de su fulgor, atravesaron, exentos de miedo, las tinieblas de la noche. No la veis llorar. No la veis reír, tampoco. La veis en la posición majestuosa de las frentes que crean astros, como crean planetas los cielos sin rubes lacrimosas y sin auroras rientes...

La barea de Caronte izó el remo. El alma errante de la poetisa se fué con el lúgubre marino. Los versos de ella la escoltan como sirenas impotentes que, no obstante sus cantos obstinados, no detienen a la viajera ni consiguen interrumpir la doliente travesía. Como un trigal que se inclina hacia el lado por donde se va el viento que lo pobló de susurros, nosotros nos inclinamos hacia la lejanía por donde se va esa alma que, como un viento, al trigal de nuestros espíritus lo estremeció poblándolo de divinas armonías.

GUZMÁN PAPINI.

LA PEREGRINA MISTERIOSA

(Recordando a María Eugenia)

*Cruzó por la vida al galope,
Asombrando los quietos llanos,
Un halo fantástico al tope.*

*Alma india, sólo sensible
Al soplo polar de la Esfinge
O a los iris del Imposible.*

*El Arquero que nunca erra
Tiróle, emboscado, cien dardos;
Los cien dieron blanco en la tierra.*

*Así, en su yegua fogosa,
Pasó tan extraña, que dúdase
Si era mujer o diosa.*

*Tal vez fué una frase secreta
Que nos debe ser revelada
Algún día en otro planeta.*

*Gloria, en tanto, a su voz saltaje,
Antorcha encendida a palabras
Sobre la noche de un paisaje...*

JOSÉ MARÍA DELgado.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Tenia nuestra mejor poetisa como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética se resume en una palabra: energía.

Su musa es fantástica a lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el limpio y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien la "casta y pálida Selene" que daba luz a las danzas de los gnomos y las hadas entre las brumas tenues del otoño.

De ahí que el gran inspirador de la poetisa sea principalmente lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen a fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más o menos pronunciado que llevan de la vida todos los hipersensibles, acude nuestra autora en primer término a la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su verbo poético, y, en segundo, a la naturaleza, hermosa y serena promesa de un más allá más justo para la poesía y sus cultores.

Mi predilección por el arte de esta ilustre alma, deriva de que se acerca a mi ideal poético, que lo encuentro de manera cabal en la literatura inglesa, que hallo en esto la primera del mundo.

¡Cuánta altivez displicente, qué serenidad de las altas cumbres en las ideas; qué helado y duro corazón de princesa cautiva revelan los versos elegantes y fuertes de "Invicta", poema vibrante en que el talento de María Eugenia ha llegado a lo hondo de sí, a la suprema belleza de la inspiración.

Puso al libro que contuviera sus poemas, *Mármol y Fuego*. Con ello dió ella misma el mejor juicio sintético de su numen hecho de arrebatos sentimentales y de aspiraciones hacia un ideal inasequible.

Guardo entre mis más hondos recuerdos, muchas cartas que me escribiera a propósito de mi estudio sobre sus poesías; ellas la retratan como ella fué siempre: un puro corazón de mujer, un alto y divino espíritu fuera de su centro y huérfano del inapreciable estímulo de un ambiente altamente civilizado. Si hubiera nacido en Francia, Inglaterra o Italia, a qué cumbre no hubiera llegado; pero : nació en América, que aún no se preocupa de gloria estética ni le importa la justicia literaria.

ALBERTO NIN FERRAS.

Especialmente para «PEÑAS»

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

Hubiera sido bello como un sueño en la más fina altura de la noche, haber oído de la propia voz de María Eugenia Vaz Ferreira, el relato de su estado de espíritu en el momento en que concibió para título de su libro de poemas el de "La Isla de los Cánticos". Hacen soñar estas cinco palabras con el alma errante y atormentada de todos los viajeros y con lo que tiene de maravilloso y profundo el viejo mar océano, entre cuyos olas resoma su frente de música la isla de vírgenes piedras donde cantan las bocas de la tempestad y las orquestas crispadas del viento. Allí la aspereza de la sal y la suavidad del musgo marino se unen hasta las más terribles honduras. Allí el coro de las estrellas y el coro de los caracoles de entrañas musicales, evidencian la misteriosa armonía del Universo. Allí los pájaros de armónicos vuelos y las grandes aves de los sueños giran en divinos círculos, cada vez más altos y perfectos. Allí, las mañanas se levantan como himnos, los crepúsculos se pliegan como los deseos demasiado grandes, y las noches ascienden desde las viejas piedras del mundo hasta desbordarse por encima de los abismos. ¿No es, acaso, la Isla de los Cánticos la propia alma de la poetisa? Diríase por momentos, frente a esa isla de música y de ensueños, que los recuerdos se nos dispersan por las doradas islas de Grecia, visitadas por los más hermosos dioses que han he-

cho nacer los hombres y vestidas por la más pura luz que hasta ahora ha tocado nuestro mundo. O que, ya en el otro seno del Mediterráneo, en la fogosa costa italiana, recorremos el contorno de las islas llameantes, cuyas entrañas alimentan los volcanes con la pasión de los locos incendios. O si no, en los mares del Norte, cerca de los témpanos blancos como la muerte, nos detenemos en las purísimas islas del hielo, donde el espíritu ejercita su voluntad y su dureza. Unas son las islas del divino Odiseo, sonrientes como los días primeros del mundo, y otras son las islas de Ossián, que tienen la declinante tristeza de un astro que agoniza bajo las nieves estériles. Si con todas las islas mediterráneas y oceánicas hubiéramos hecho una sola isla, acaso lograríamos simbolizar la gran alma de fuego y nieve de María Eugenia Vaz Ferreira. Tal, acaso, habría sido su pensamiento solitario y puro, cuando los labios de su espíritu articularon estas cinco palabras: "La Isla de los Cánticos".

CARLOS SABAT EBCARTY.

COPLA

=

A María Eugenia Vaz Ferreira.

*Lo que la vida nos quita,
nos lo devuelve el morir,
y ahora que te moriste
nos acordamos de ti...
hombres después de muerta
¡para qué te han de servir!*

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Montevideo, 1924.

UN RECUERDO SOBRE MARIA- EUGENIA
VAZ FERREIRA

Mucho me regocija que Pzaaso, en este número homenaje, me brinde la ocasión de poder hablar de esta excepcional mujer de fuerte talento y sensibilidad maravillosa. Me temo, sin embargo, que a causa del dislocamiento de su propia vida, no nos halla dejado la obra grande que pudieron forjar su sensibilidad y su talento; y digo tal cosa, no en menoscabo de su labor poética, que sólo conozco fragmentariamente, sino porque estos seres así, como ella fué, están como impulsados por una fatalidad que les impide cumplir la misión que les estuvo destinada: despilfarran talento y sensibilidad, muchas veces en conversaciones fugaces; y así, agrandados en el recuerdo de aquellos que les conocieran, no pueden ser comprendidos por las generaciones que han de analizar más fríamente su obra escrita. Y, por fuerza, estas generaciones no se hallan capacitadas para ver la personalidad total, desaparecida ya, y desaparecida llevándose a la muerte buena parte de lo que pudo ser áurea cosecha lírica.

En un viaje a Montevideo, durante el verano de 1918, fui a visitar a María Eugenia Vaz Ferreira, a fin de saludarla y recoger algunos versos para la revista *Hebe* que entonces codirigía. ¡Inolvidable visita! La poetisa se me apareció como un ser fuera de lo común, ¡y lo estaba! Hablamos de tópicos artísti-

cos; ella opinaba rotundamente y tenía desconcertantes salidas de tono; gustábale colorear pintorescamente su conversación abundante y poco armónica con vocablos criollos. Recitó con voz bien timbrada versos ayos, muchos de ellos inéditos, y que escondió con avara fruición. Uno principalmente, me admiró por la fuerza de su sinceridad. Comenzaba, si mal no recuerdo, así:

*He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgi de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la virginidad de las estatuas...*

También tocó el piano e interpretó a Wagner y a Chopin, de manera personalísima.

Volví al otro día, llevando a un amigo poeta y compañero de viaje, a quien María Eugenia mostrara deseos de conocer, pues ya sabía de su labor de artífice admirable.

La tarde se nos fué agradablemente y prometimos regresar al otro día para efectuar un paseo al Prado. Llegamos puntuales y ya la poetisa nos esperaba; salimos, y me llamó la atención su desgaire en el vestir, tanto como su acariciación, queridísimo proyecto—que durante el viaje nos fué explayando—de hacerse una casa subterránea a la que llamaba “la casa del silencio”. Allí nadie perturbaría; y allí hundiría sus terribles noches de insomnio.

Como bolsín de nuestras entrevistas, le arranqué algunas composiciones, entre ellas un soneto inédito que me entregó, imponiéndome la condición de que no habría de publicarlo. Se trata de una poesía honda y delicada, y hacia la que mostraba una predilección manifiesta. Hela aquí:

EMOCIÓN PANTEÍSTA

*Señor, te diré que la sabrosa belleza
De esa tu carne pálida me hace llorar de amor.
Lloro por la magnolia de tu cara, por esa
Cara que está desnuda sobre su tallo en flor.*

*Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,
Con hojas de tus ojos de cambiante verdor,
Vas hasta el fondo mismo de mi naturaleza
Por todos mis jardines, y siempre vencedor.*

*Señor, quizá tú eres suavemente fuerte;
Quizá tu cáliz dona consolación de muerte,
A tiempo que florece tu espléndido fervor.*

*También yo soy ambigua; por eso es que te siento,
Y lloran cuando abres bajo mi pensamiento,
Mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.*

La última vez que la vi fué en Buenos Aires; entré a la oficina donde yo trabajaba, provocando la torpe curiosidad de mis compañeros, a causa de su desaliño de vestimenta y tono. Conversamos largamente. Al despedirse, me prometió unas poesías inéditas... y esperé inútilmente. No la vi más...

Y al recibir la noticia de su muerte, en medio del torrencial vértigo de esta vida de la urbe febril que nos lleva y llova implacablemente, me detuve a recordarla... Y, con tristeza, evoqué su original figura, su sensibilidad, casi hiperestésica, su talento innegable. Luego proseguí... Ah, pero tengo la sensación precisa de que nunca he de olvidarla, porque los seres de excepción, (que ella lo fué), los espíritus de selección, (que lo fué el suyo), no pasan totalmente, no se olvidan del todo.

ERNESTO MORALES.

Buenos Aires.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

La predilección de las musas por el sexo fuerte es tan antigua como la poesía. Mas las nueve musas, no por ser diosas, dejau de pertenecer a la feminidad; de ahí, que todas las literaturas se enorgullezcan con alguna poetisa comparable, o al menos cercana en inspiración, a los grandes genios del verso. La historia literaria de cualquier nación comprueba el aserto.

Cúpole a María Eugenia Vaz Ferreira, en su doble carácter de mujer y de inspirada, la honra de integrar las letras uruguayas con una poetisa capaz de resistir el parangón con los más eximios de nuestros vates.

Bastaría esa circunstancia para justificar el homenaje póstumo que le rinde la intelectualidad de su patria, reconociendo las dotes privilegiadas que adornaron a la gran escritora desaparecida. La crítica debe ir más lejos aún, y señalar el puesto que ocupa en las letras americanas y en la evolución de la poesía en el nuevo continente. Desde Gertrudis Gómez de Avellaneda hasta nuestros días, ninguna mujer de habla castellana ha pulsado la lira con mayor energía y ninguna, tampoco, ha sabido arrancar a sus cuerdas notas más dulces y acariciadoras que las prodigadas por María Eugenia Vaz Ferreira en multitud de páginas rítmicas.

Cuando se lleve a cabo la total recopilación de sus poesías, — actualmente dispersas, a semejanza de las

Rimas del Petrarca antes de que el autor de "Laura" las dispusiera en el cuadro artístico de su Cancionero, — recién apreciaremos el valor absoluto de aquellas, y entonces no serán nuestras plumas las únicas que proclamen la indiscutible superioridad de la poetisa uruguaya.

EUSTAQUIO TOMÉ.



MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Nuestra adolescencia, precoz en el afán del rito, formó su atmósfera de idealidad con la lectura de un libro sencillo y fecundísimo, "El Parnaso Oriental", de Montero Bustamante. Nuestra niñez halló en él una amorosa entrada a la ciudad del pensamiento.

María Eugenia Vaz Ferreira fué entonces dueña absoluta de nuestra admiración; para nosotros, en su verso terminaba la poesía.

Después hemos escuchado el canto de todos los nombres: desde la sirena de Homero hasta la vibración desconcertante del novecentismo.

Ya de regreso, con el escepticismo que infunde el implacable fragor de la lucha por la supremacía mental de cada uno, amamos íntimamente esa canción para nosotros humana como un arrullo maternal que ha dejado María Eugenia Vaz Ferreira en nuestro oído. Esa canción familiar que sube en días de recogimiento, junto al hogar; junto al hogar de lo pasado, combatido por los ciegos de la razón que nos dispersa; por las heladas sombras que llegan de los caminos de la verdad.

No sabemos discutir a María Eugenia. Sólo sabemos sentirla y darle gracias por el bien que nos hizo al ofrecernos su canción romántica, a nuestra entrada en la vida.

SABAS OLAZOYA.

1924.

MARÍA EUGENIA

¡Extraño sino este del Uruguay, condenado a presenciar la desaparición a de sus pájaros maravillosos en la plena gracia de su canto! Parece que su luminoso cielo azul no fuese propicio a los trinos y a los gorjeos! En goce de juventud callaron Rodó, Florencio Sánchez, Delmira Agustini, Ernesto Herrera, Raúl Mendilaharsu... Y como si el tributo propio no colmase exigencias, bajo este mismo cielo hondo y luminoso también calló el hermano Amado Nervo.

Ahora el dedo fatal ha elegido otra vida joven: otro pájaro que se deslizaba armoniosamente, que posaba de cuando en cuando para darnos la inefable sensación de la belleza en las estrofas de su cantar jugoso, lleno, personalísimo, extraño, exótico, hecho de nébulas y de música y de cerebro. Es ahora María Eugenia Vaz Ferreira quien vivirá en su obra. La multifonía de nuestras selvas I ha perdido una de las voces mejor timbradas, uno de los cantores más personales.

Por las poesías que de ella se conocen, bien se ve que los aires de las nuevas tendencias literarias no la habían infundido gran cosa. Quedó un poco a la zaga entre los contemporáneos. Pero esto mismo parecía obedecer a modalidad de espíritu, a sinceridad, a honestidad. No podría decirse, sin embargo, que no haya modernidad en su poesía. Cabe reconocerle, por lo menos—aun cuando a las veces preste acatamiento a los cánones de la Poesía—audacia en la estructura

de la estrofa, en el desprejuicio de las combinaciones, en la libertad de la forma y en la valentía y la fuerza con que decía su íntimo, su orgulloso pensamiento. Pero andaba con cautela: Dentro de la libertad que se permitía, jamás atentó contra el ritmo y no escapa que la expresión del concepto la preocupó especialmente. En efecto: cada uno de sus versos tiene vida propia, vive por la vida que lleva en sí mismo y uno como acorde musical surge de esa vida y de la sutil sonoridad del ritmo.

Por virtud del conocimiento íntimo del lenguaje, a menudo las palabras lucen matices nuevos: se las ve ennoblecidas por el papel que se las hace jugar en la construcción. Y no por ello deja de haber sencillez en la expresión; antes, por lo contrario, podría decirse que se gusta en la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira una esencia de poesía popular—no folklórica, entendiéndose—accesible a todo lector. Era ésta una manera propia de la poetisa: su sentir se transparenta en un cantar diáfano, fluido, manso y hondo a la vez. Y también desde este punto de vista era moderno su cantar, aún cuando gustase trabajar en toda ocasión con piedras preciosas: las de mejor agua, las de mayor pureza, las que se prestaban para el engarce más delicado.

Lo que no se comprende con claridad, a través de la poesía de "María Eugenia" — como familiarmente había llegado a designarla el pueblo... y tal vez sea éste el mejor elogio de la poetisa, puesto que el pueblo no familiariza más que con aquellos a quienes comprende y le hacen sentir—lo que no se comprende con claridad—decíamos—es la naturaleza de su alma femenina, diferencia fundamental con la poetisa Delmira Agustini y Juana de Ibarbouron. Las poesías amorosas son, desde luego, las que dan lugar a la indecisión. Unas veces la preocupa y hasta la atormenta la idea y el ansia del que ha de vencerla:

*"Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía
 Y brotaré una selva de cósmicas extrañas
 Cuyas salvajes frondas románticas y hurañas
 Conquistará tu imperio si sabes ser león;"*

otras, en cambio, es inaccesible, inhumana, antójase carne de estatuas:

*"Las pupilas de fuego con que abrasas,
 Apagará sus bélicos ardores
 El frígido metal de mis corazas."*

*"Yo tengo un corazón helado y duro
 Como la blanca nieve de las cimas."*

Varios son los cantos que dedica al hombre; pero, dada la altivez, el impersonalismo con que le canta, hace pensar que el hombre fuese tan sólo motivo y acci- cate para la poetisa, pues que siempre, por encima, de todo, se complace en ser artista:

*"¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?
 Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
 Que yo me dije sin despecho,
 Fuí más artista que mujer."*

"Rendición", "Invicta", "Desdó la Celda", "Impecable", "Heroica"... alcanzan efectos líricos de gran fuerza entre las composiciones de aquel género, pero es indudable que el poeta se valoriza más aún y culmina en la poesía objetiva. Es que éstas permiten al artista el juego libre de sus facultades. En aquéllas el sentimiento personal, íntimo, femenino, figura en segundo término por las imposiciones artísticas a que la poetisa someta sus producciones, y aún por la falta de seguridad que dejan respecto de un estado

espiritual permanente del autor. "Invocación", "El Ataúd Flotante", "Resurrección", "Ola a la Belleza"... , están entre las segundas: marcan la personalidad artística de la poetisa e imponen su nombre entre los más altos valores literarios del Uruguay.

Con frecuencia la poesía de María Eugenia deja escapar gritos de desesperanza y de pesimismo. Es, a las veces, una escéptica, pero en estos casos prefiere enfrentarse a la causa: y se aviene a ella, sin gimoteos ni resignaciones místicas: Ni apura la copa, ni la arroja lejos de sí, a la manera de Ada Negri:

*"No llores, porque sé, los ojos míos
Saben vivir en lontananzas huecas,
Míralos secos y tranquilos, márchate
Y el flotante ataúd reposar deja
Hasta que junto a ti también tendida
Nos abracemos como hermanas buenas
Y otra vez abrasadas nos durmamos
En el sepulcro vivo de la tierra."*

Y siempre—con excepción de muy pocas composiciones—ya le pida a la noche

"Dame la eternidad de tu silencio, ¡oh hermana!"

ya cuando, estrella de mar,

*"va siguiendo el silencio hora tras hora
la misteriosa estela de tu nave"*

siempre es bellamente serena, hondamente artista, ya cante a la belleza, ya cante a la desesperanza... ya cante a la muerte... que también eran para ella motivos de arte, y desde luego motivos de arte magnífico, como suyo.

He dicho que era el suyo un cantar extraño, exóti-

co, hecho de nébulas, de música y de cerebro... Y efectivamente es así. A las veces nos sorprende: estamos ante un poeta que evidentemente nada tiene que ver con nosotros, ni con nuestra raza siquiera. A las veces tiene ritmos apagados del Danubio... acentos nórdicos que parecen ponernos en contacto con un alma en continua tragedia. ¡Y quién sabe si los versos realmente sentidos por María Eugenia no son aquellos en que más renunciamiento hace de la vida!

*"Alma mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar!..."*

.

*"Ay del que fuera un día
novio de la soledad...
Después de este amor supremo
a quién amaré!"*

...A menos que convengamos en que obra tan bella, pero tan desarticulada, fué hecha, vértebra por vértebra, bajo la influencia de impresiones repentinas.

BLAS S. GENOVESE.

BOCETO CRITICO

Fu! más artista que mujer...
«Berceuse». M. E. VAZ FERREIRA

Ya se hizo el silencio en la vida de María Eugenia. Calló el fervor de esa existencia roida por las "larras metafísicas" que, como lo dijera en verso, hacían su cosecha en la dulce carne de su esperanza. Entró en la eternidad silenciosa, que era su hermana bien amada. Ahora, sobre ese vasto paréntesis, ausente de rumores, se levanta el coro unánime. Siempre la voz justiciera que llega tarde... Latió su corazón, enloquecido de vitalidad; pasaron sus ojos, intimidantes de negros; murió su sonrisa, morlida de indiferencia... Y recién se congregan las voces laudatorias... Triste destino el de la justicia humana, obligada, siempre, a ser la que presida el sùebre desfile de los grandes...
‡ María Eugenia Vaz Ferreira murió materialmente, poco después de su muerte espiritual. Desde tiempo atrás, su paso despreocupado ya iba, inseguro, sobre el hielo del desequilibrio mental. Andaba su cuerpo entre los honores, mas su alma ya escintilaba entre el enjambre luminoso de las lejanas estrellas. Sus ojos abismales, perdidos, miraban sin mirar, con esa mirada indiferente o distraída de los que sienten la incomodidad de todo lo circundante. Sus manos se habían vuelto torpes para todo arreglo de su vestimenta, como si ésta cubriera un cuerpo en donde no auidase un

(alma. Las gentes superficiales no adivinaban esto, y se sonreían ante el paso de esa envoltura carnal de la que se había desprendido la inquieta mariposa de la vida del espíritu.

Revolvamos, con manos febriles, bajo la dirección del afecto admirativo, en la producción dispersa — que no ha de ganar más en las páginas duraderas del libro — para aislar, un poco, algunos motivos que dan resplandor a la existencia de esta mujer singular.

Supo vivir en "lontananzas huecas" y sintió el horror de ver, allá en el fondo de su alma, a la esperanza muerta. De aquí la falta de emoción tierna que traspasa la casi totalidad de sus versos.

Sobre el cadáver de sus ilusiones levantó un castillo de desesperanzas. Y si triunfó la fortaleza de su espíritu másculo, fué porque, en ella, la voluntad era su optimismo, y la clara consciencia de su energía, su única esperanza.

Su musa ni vistió sedas, ni se cubrió de rosas. Como una amazona rebelde corrió por la selva virgen, segura de sí misma, con el bárbaro impudor de su primitivismo, desafiante y gallarda, porque sabía la trascendencia de aquel su espléndido grito de victoria:

*"Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente a su primer derrota;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota".*

Cargada de ciencia, cayó en la misantropía. Reconcentrándose vió en su propia alma toda la negrura de su abismo, y se lanzó a la sima, desengañada de todo y de todo. Por esto el escepticismo redobla, con un mortificante repiqueteo, al paso de sus ritmos.

Fué la mujer fuerte. Es en vano ir a su alcázar — más que alcázar, sobrio rincón de ermitaño — en busca del encanto de la feminidad.

♣ El molde en quo vertió el bronce resplandeciente de sus versos, fué batido sobre el yunque de un persistente esfuerzo. Su poesía da una impresión de solidez imprecadera. No es la insensibilidad parnasiana: es el esfuerzo doloroso que materializa de modo magistral, "Le Penseur", de Rodin. Es este mismo gesto, mezcla de ventura y de sufrimiento, el que asoma en su poesía.

En el amor hubiera sido una dominadora, ya que su anhelo era querer

"...un vencedor de toda cosa;
invulnerable, universal, sapiente,
innaccesible y único".

No porque, según propia expresión, tuviera

"...un corazón helado y duro
como la blanca nieve de las cimas";

sino porque no podía someterse al vencimiento natural, nervio y sangre vitales, de lo eterno femenino. Concretaba su ilusión amorosa en el ensueño amazónico de imaginar la hora

"cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas inclitas".

El clamor de gacela herida, que hace gemir a Juana de Ibarbourou: "¡si yo fuera hombre!", María Eugenia Vaz Ferreira, por imposición del hado impenetrable, lo procura por un paradójal: ¡si yo fuera mujer! Tal la impresión de vigorosa hombría que producen sus composiciones más destacadas.

Invieta, triunfal y heroica, para decirlo con sus títulos de bronce, no hay en la obra de María Eugenia resplandores bélicos. No la tienta la acción proseli-

Hacia la noche.

Oy noche, ya tendré
una paloma futura, desplegada.
Sobre el gran desierto
Si tú me das por una sola noche
Tu corazón de caricópatas negro.
Y el compás de la marisma sangra
Babel con las ondas beatas, y sacro silencio
Mi canto será uno
Solo por el deserto
De serena la catódica angustia.
Oy noche, yo te quiero
Sin el fulgor de luminosos astros
Sin cantores marinos
Sin la voz que frige
Sin los crucios sonoros y suma de los vientos
Oy dulce Noche mía, Oy dulce Noche!
Ayunque el glorioso pejaje del alba
Rompa después mi capricioso silencio;
Y un polvo de siguientes arda en mi ojo
Por una seca de nuevo
Solo una paloma antigua, reflejada
Sobre el gran desierto.

Autógrafo de María Eugenia Van Ferreira,
de su composición «Hacia la noche»,
que publicamos.

tista, aunque considerase a la Belleza como un culto sagrado; pero, en la áspera soledad de su aislamiento, construye su celda lírica como para desafiar al tiempo tornadizo.

La obsesión de la forma "que no alcanza el estilo"; la búsqueda de expresiones desusadas o deslumbrantes; la riqueza léxica; el colorido verbal; los matices emocionales; nada de eso que integra la aspiración de un alma lírica, la preocupan fundamentalmente en la forja de su obra. En ésta no hay más originalidad destacada que la que se deriva del contrasentido sexual que dejamos enunciado. Su verso no traduce el misticismo de Sor Juana; ni la ardientia enfermiza de Santa Teresa; ni la desolación de Gabriela Mistral; ni la sensualidad violenta de Delmira Agustini; ni la ingenuidad campesina de Juana de Ibarbourou; ni la preocupación romántica de María Enriqueta; ni la polifonía de Rosalía de Castro, para citar mujeres representativas de diversas modalidades en la literatura hispano-americana. Y es por esto mismo que su obra — bequeriana en los comienzos y modernista en la plenitud — resulta vencedora del olvido.

No hay en Hispano-América ninguna obra literaria de mujer que pueda comparársele. Alguien la ha enfrentado a la Mistral. Ha sido un lamentable error. La grande escritora chilena es una mujer desolada, que llora su amor, desesperadamente, y siente la maternidad como un privilegio divino de la carne femenina. En María Eugenia Vaz Ferreira, lo femenino está ausente de su producción cotizable; el amor huye perseguido implacablemente por las flechas certeras de su ccepticismo. Ella no lamenta su derrota, no llora su vencimiento, como Gabriela. Ella, a la orilla del vasto mar de la existencia, le enseña al alma la desesperante verdad del dilema inevitable, mientras vuelve al far con las redes intactas.

*"Alma mía,
que la risa seca y vacía
no te atreviste a arrojar;
entre la caverna y las olas,
existen d' Vos cosas solas,
MORIR o . . . MATAR".*

Y así, escéptica y convencida de la imposibilidad de huir a la precedente fatalidad en que se bifurca nuestra posibilidad de acción, donde puso su planta clavó su voluntad heroicamente, sonriendo, quizás, al comprender que era, como « la Belleza que cantara:

*"...perfectamente triunfadora
sobre la indiferencia de los necios
y la conjuración de los apóstatas".*

JOSÉ PÉREIRA RODRÍGUEZ.

Treinta y Tres.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Conferencia leída en el «Club Uruguay».

Este acto significa, señoras y señores, mucho más que el motivo de una conversación literaria, que por tratarse de mi palabra, sólo podría adquirir importancia por la exclusiva virtud del prestigio de la institución que lo auspicia, y de la gentilísima benevolencia de todos vosotros.

Mucho más significa, he dicho, porque constituye este acto el homenaje a la gran poetisa muerta. El más justiciero y el más alto, el que reclamaba de la sociedad de su país el estro prodigioso de María Eugenia Vaz Ferreira.

Tanto por la indiferencia general de este ambiente nuestro, frente a las más altas cosas del espíritu, como por el orgullo natural y olímpico de su temperamento, la radiante figura de la poetisa se venía esfumando desde tiempo en el silencio y la sombra.

No porque se abatiera la llama de su numen; "la flamma viva", que dijera el latino; no porque en su profunda pupila lírica palidciera el panorama infinito; ni porque su cántico postrero hubiera perdido el cósmico diapasón familiar de su lira, ni porque el color y la forma y la armonía abandonaran al mármol y al fuego de su estrofa. No. Ya hemos de ver cómo ella fué grande hasta en su última hora.

Sola en su imposible aventura, heroicamente sola en su impulso visionario, quiso abismarse en el claro refugio de su propio espíritu. Y si nunca poseyó el afán utilitario ni el de la fácil y pomposa notoriedad, ni el de la conquista del admirador innumerable, en los últimos tramos de su vida, ella, junto con su indiferencia se aisló en su Torre, encumbrada torre de meditación y dolor, iluminada por la remota constelación de su alma, circundada de horizontes quiméricos, mudos ante la inquietud de su pupila, clavada en el velamen de la duda y la fatalidad.

¡Qué mucho entonces que por su voluntaria proscripción del mundo, sus contemporáneos hubieran decretado el transitorio olvido? ¡Qué mucho que a su aristocracia intelectual le haya castigado el silencio del rebaño igualitario? ¡Qué mucho que su desprecio por la publicidad y por el éxito, haya provocado el vacío del "snobismo" literario y de la única crítica de nuestra actualidad, empresa de grafomanía y mutua réclame con sede en el café? ¡Qué de extraño que eso haya ocurrido con nuestra poetisa, cuando se piensa en el caso análogo de madame Rachilde, considerada la primera de las mujeres de letras de hoy, y que, por idénticas razones y circunstancias no ocupa en los dominios del éxito literario el puesto que le correspondería?

Hemos venido aquí, señoras y señores, para reparar la injusticia, para poblar aquel vacío hostil con la música soberana de sus cantos y para proclamar a María Eugenia Vaz Ferreira, no solamente la excelsa poetisa uruguaya, la primera en el tiempo y la primera en la majestad del genio lírico, sino que también la suma artífice de la palabra y de la forma, cuyo nombre debe figurar, a justo título, en el luminoso elenco que en este primer cuarto de siglo ha reflejado honor y gloria en las letras de América.

¡Soberbio toma éste para una de sus habituales parañojas! Su muerte empieza, en efecto, a resultar su resurrección...

Fué María Eugenia Vaz Ferreira una poetisa absoluta. Baladí, imposible, absurdo sería tentar la definición o la clasificación de su musa cambiante, atrevida y rebelde. Baladí, efectivamente, el gesto de quien, escalando el empinado picacho de su montaña, se dispusiera a medir sus alas y a catalogar su impulso ideal.

Un distinguidísimo crítico francés de nuestros días, Eduard Schuré, divide a los grandes poetas en dos únicas categorías, por sobre la intrincada urdimbre de escuelas, modos y capillas. En el primer plano coloca a aquellos que representan a las grandes épocas y las blasonan con su genio. Ellos son dueños, afirma, de una estética y una filosofía de precisos contornos, y en los mismos la humanidad realiza una forma del pensamiento y de la vida. Son los poetas de la plena luz y el mediodía.

Los siguen los poetas que denotan los períodos de transición, bardos errantes y dolorosos, precursores, anunciadores y divinos. Su *estética es vaga*, y su *filosofía flotante*. Son los poetas de la aurora y del crepúsculo. Y nuestro crítico ha sorprendido con deleitoso asombro que en sus almas crepusculares o auroresales preludian las formas del pensamiento de la Vida. Así, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo de Vigny, encuadran en la primera clasificación, porque canta el primero al amor puro que encuentra su Dios en el sentimiento soberano y absoluto; Hugo, porque afirma sin pausa su energía indomable, los principios y las verdades eternas; el último, por su lucha titánica frente a frente a la duda, en la palestra de su "tour

d'ivoire". Estos, dice Schuré, no pueden ser comprendidos sino después de muertos. Fué así que su estrella se levantó radiante sobre el crepúsculo del siglo XIX para resplandecer victoriosamente en todo el siglo XX. Baudelaire y Verlaine, son los poetas de los crepúsculos y las auroras. Artista y pensador el primero; melodioso, sensitivo y doliente el segundo, son los que anuncian las cosechas ideales del porvenir.

A María Eugénia Vaz Ferreira, hija de su tiempo, cantando en medio al torbellino ideológico y emocional de su hora, no podríamos contenerla con justeza en ninguna de ambas clasificaciones. Fué poeta de la luz y el mediodía, y también del crepúsculo y la aurora. Fué alondra y fué águila; cisne y sirena; ruiseñor y serpiente; ninfa y walkiria. Cantó en el harpa de cristal y oro, el área femenina, y sostuvo sobre su corazón de hombre la lira de hierro.

Una vez es la voz de ruego, de terciopelo y de fuente:

*"¡Ay de las melodiosas serenatas, aquellas cuyas pá-
[ginas no abrieron—junto
"a las harpas mudas y empuñadas—bajo los empol-
[vados terciopelos!
"¡Ay del rosario cuyas cuentas mudas no sintieron
[glisar místicos dedos!
"¡Ay de aquellas palabras que tus labios no engarza-
[rán jamás en mi silencio!*

Y luego la cláusula de bronce fundido en el crisol de su fuerte pensamiento. Así la "Oda a la Belleza":

*"¡Oh! Belleza, que tú seas bendita—más la sabia
legión de tus apóstoles—La entraña que te crea—El
Sol que te ilumina—El prisma que te agranda—La
plancha que te copia—el áureo pedestal que te enaltece—
Y el soberano lis que te corona—Por eso sobre el*

plinto de tu imagen—sobre la majestad de tu hermosura—sobre el fulgor joyante de tus iris—sobre la egregia línea de tus curvas—Pongo la rendición del canto mío—A tu gracia inmortal—Loa fecunda ”

Surgió María Eugenia Vaz Ferreira a la vida literaria cuando se operaba en nuestro ambiente artístico nacional una fuerte reacción contra las viejas normas retóricas, que defendían aquí, como en todas partes, desde sus últimos reductos, su hermético despotismo secular.

El “núcleo pòrtico” que iniciaba el impulso congregábase en la “Torre de los Panoramas” y era su gran sacerdote, el maravilloso Julio Herrera y Reissig. ¡La Torre de los Panoramas! No vayáis a suponer, señoras y señores, que fué ella el pináculo de algún castillo feudal transportado a la tierra charrúa en alas de la Fantasía desmesurada de sus moradorea. ¡No, ciertamente! Ni siquiera ella perteneció a alguno de esos “chateau en Espagne”, tan fáciles de levantar en todos los dominios de la imaginación. Fué la Torre la destartada bohardilla de la casa del poeta, sin más decoración en sus paredes que algunas copias de Gustavo Doré, “arrancadas a alguna Biblia familiar”, y más allá la inmediata perspectiva del mar... Allí se reunía nuestro primer cenáculo revolucionario, no como los de ahora, para la preparación del bombo mutuo y las improvisadas consagraciones, sino para trabajar, para luchar, para combatir heroicamente contra la imperturbable hostilidad de afuera.

No fué María Eugenia una contertuliana asidua de la Torre, pero su espíritu siempre estuvo allí, y por estarlo hizo sus primeras armas líricas, colaborando en “La Revista”, que así se titulaba la publicación que era, por así decirlo, el órgano oficial del cenáculo. Desde sus primeros arrestos exhibió la extraña potencialidad de su canto. Ella no conoció el tanteo ini-

cial ni el tímido ensayo. Trajo su musa del fondo del misterio, una música profunda y exótica, y un temperamento extraordinario dominó, desde niña, a su instrumento personal.

Pero por mandato de su propio temperamento debía de ser breve su tránsito por los dominios estéticos de la Torre, y efectivamente, de ella no quedó, al poco tiempo, en su seno, sino su inquietud y su solidaridad moral con la causa común. Fueron más impetuosos los vientos que agitaron su bandera de ensueño, más heroico su emblema, más profundo su símbolo. No habían sido construidos sus labios para la flauta de Samaiu, sino para la proclama triunfal; no eran sus manos para pulsar la cítara de "Pauvre Lelian", sino para empuñar la fusta de las amazonas.

Por esto yo he podido imaginarme a la poetisa de entonces tal como aquella hermana suya, Ada Negri, la gloriosa italiana, hasta en la propia representación gráfica de su juventud: las dos manos frágiles sosteniendo reciamente el mentón, como agobiado por el firmamento de su genio y la hoguera palpitante de sus ojos. Yo imagino gemelas la juventud de las dos, cuando recuerdo el emocionado relato que Ada Negri ha hecho de sus primeros años, predestinada para el martirio de la belleza; enferma de una "penosa dolencia anímica" que la hizo distinta de las muchachas de su edad; llenando de versos sus cuadernos de colegiala, al tiempo que el viejo maestro la observa y le predice la gravedad de su mal, al sorprender la palidez divina en que la sume el inefable transporte de su inspiración.

Yo he constatado la similitud de ambos temperamentos, aunque no la concordancia de sus producciones. Porque es igual el ritmo del canto de las iniciadas, aunque siempre no lo sea su contenido humano. Ada Negri, en la visión de la miseria material de su adolescencia, forjó las estrofas de "Fatalité" y

"Tempesta", clamando por la igualdad y la justicia universales, y esto no fué óbice, sin embargo, para que la "aristocrática pagana" acabara por transformarse en la musa doméstica de "Maternità" y "Orazioni", en "cuya voz se amalgaman las voces de todas las mujeres", porque, como lo expresa ella misma en versos de granito: "Pulsar senti nel mio fraterno cuore — il cuore enorme dell'umanità".

Un acontecimiento contribuyó a acentuar en María Eugenia el tono varonil de su poesía.

Volvió de Buenos Aires para radicarse en su país, Alvaro Armando Vasseur, al apuntar el año 1900. Regresaba con un precioso bagaje lírico y definida su estética personal y nueva, de la que, entre el fuego de sus imágenes se veía zigzaguear, como él mismo lo afirmaba, un relámpago de trascendencias mesiánicas.

Era la nota insólita y desconcertante, acaso más propia del clarín que de la lira. De su intimidad con Almafuerde, de su fácil interpretación de la musa de Walt Wittman, derivaba esa sonoridad de epopeya que aparte del humanismo y el "devenirismo" que la anima, tanto se asemeja por su idea mesiánica y su impetuoso acento a la de los grandes poetas románticos de Polonia.

Subyugó de inmediato a María Eugenia la nueva modalidad. Y ya preparado su temperamento artístico por razón de su ingénita contextura, ensayó en harpa de bronce la cláusula épica y el ritmo victorioso. Sólo inspirada por la sugestión fatal y hasta por el continente físico del poeta anunciador, pudo ella construir su poema: "Triunfal".

*"Bardo gentil de rimas aurorales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.*

*Yo soy la muso de candentes ojos,
La de ritmos fantásticos y bellos,
La que en el soplo de sus labios rojos
Tiene chispas y fúlgidos destellos.*

*Tú vas de las gigantes espirales
Tras el fuego sagrado en que te inspiras,
Para encender estrofas inmortales
En las cuerdas sonoras de tus liras.*

*Yo soy la de las fúlgidas miradas,
La que entre choques de armoniosas notas
Arranca del laúd despedazadas,
En arpeggios de luz, las cuerdas rotas.*

*Yo haré latir tus fibras más hermosas
Con mis hondas y ardientes fantasías;
Tú me darás en rimas vigorosas
De tu voz las soberbias melodías.*

*Y mientras luzcan su brillante hechura
Tu clámide y mis galas imperiales
Nuestras canciones rasgarán la altura
Como alage de cóndores triunfales.*

*Serán cual ondas de cendal brillante,
Suelto al aire, entre bálsamos y efluvios,
De nuestras glorias el pendón flotante,
Mis trenzas negras y tus bucles rubios.*

*Y encendiendó los mustios arrebolos
Con nuestros rayos, fuertes y secundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos."*

La influencia del aeda de "Cantos augurales" se descubre fácilmente en este poema. El nuevo modo no fué abandonado más por nuestra poetisa. Pero es evidente que de la lírica humanista, rebelde, revolucionaria y futurista, ella sólo adoptó para sus cantos el aspecto puramente artístico, simbólico y verbal. En este sentido pudiera comparársele a una de esas mujeres inspiratrices que el ensayista galo coloca frente a los bardos anunciadores. No corre nunca por la encendida arteria de sus versos el dinamismo de la acción, ni el verbo de la proclama o de la arenga. Jamás divisaremos en el horizonte de su pensamiento, a la llama tumultuosa de una Jorge Sand, ni bajo la corriente de su estrofa el reclamo de una reivindicación, como en Ada Negri. Se diría una estatua de mármol o de bronce, en la que canta un corazón de mujer. Estatua imperturbable bajo un cielo pagano, a la que el cristianismo hubiera animado con un soplo celeste. Porque María Eugenia Vaz Ferreira, que fué cristiana y católica por educación, por convicción filosófica y fe religiosa, supo también aventurarse en el enorme piélago de las antiguas fábulas y llegar a golpe de remo y de pasión, a todas las riberas de los viejos símbolos, confundiendo su espíritu en la gran muchedumbre de los mitos.

"Fuego y mármol", hubo de llamarse su nunca llegado libro, título fiel a la dualidad de su numen, tan presto para precipitarse en la hoguera del sacrificio, como para confundirse con el bloque luminoso y sereno. La "Isla de los Cánticos" era otro de los nombres preferidos, no menos hermoso y evocador que el primero. Pero más bien que la isla maravillosa que en el poema de Camoens extrae Cipris del seno del océano, oasis del beso, hogar de Tethys y la paloma venusina, teatro de la fiesta dionisiaca, puerto feliz de los bateles floridos, más bien que esta isla de encan-

to, fuera la suya la turbadora que pintara Boecklin, alicinante de Nereidas y negra de peñascos.

Nueva corroboración ésta del paradójico y providencial consorcio que Gabriel Alomar estudiara en uno de sus ensayos titulado "El Helenismo de los románticos" por gracia del cual se unen Fausto y Helena en la creación de Goethe; corre el alma de Byron a luchar por Grecia como una "alianza alegórica entre la libertad y la belleza; Victor Hugo pone en "Le Satyre" de "La Leyenda de los Siglos", la pauta genuina del helenismo romántico.

Es por esto que el verso de nuestra gran artista resulta plástico y sensitivo a la vez. Fiel a las normas helénicas, como el de un parnasiano, impetuoso como una cascada sinfónica, y tenue como la lluvia sobre el ciprés.

Pero lo que nunca ha faltado a su verso es la gallarda musicalidad. Podrá el retórico excesivamente escrupuloso señalar lagunas en la técnica de su versificación. Nunca sintió ella demasiado respeto por las reglas establecidas. Pero su verso dista mucho de asemejarse a esa prosa desarticulada, insonora y pedestre de algunos de los poetas del día, perdidos en el torbellino de las últimas y caducas tendencias. Dista mucho, porque jamás abandonó su música prodigiosa saturada de ritmos ricos, abundantes y limpios. Ya lo había dicho el vate augural: "Me place en pausas arbitrarias—de sencillez y majestad de espejo—que en su oratorio sin altar ni imagen—sangra el vidente, lapidando el verbo—mezcla de acorde de los grandes salmos—música libre, para cantos nuevos." Música libre, si se quiere, pero música siempre, para que el verso sea noble y perdurable. La poesía es canto verbal, el más primitivo de los lenguajes, el más venerable y el más sagrado, se ha dicho, y por eso, la "poesía musical es la más alta de

todas porque es la más fiel a su origen y a su naturaleza.”

Música consumada ella misma, pudo realizar sin esfuerzo María Eugenia el alto consorcio del verso y la imagen sonora. Esta hubo de brindarle, sin duda, el ritmo quejumbroso de alguno de sus cantos, de inquietud, de duda y desesperanza; los temas líricos sombríos en los que parece que la fe naufraga y la nostalgia se agiganta, constituyendo esta modalidad uno de los aspectos de su temperamento dual.

No es el suyo, sin embargo, el pesimismo de un Leopardi, ni el de un Byron; ni siquiera el escepticismo de Heine, o de Alfredo de Vigny. Que no es de su mismo linaje, lo demuestra las súbitas reacciones de su temperamento galvanizando, por así decirlo, a los nuevos períodos líricos. De aquel intimismo exacerbado pasa de pronto al jubiloso objetivismo, que parece trascender de alguna divinidad sonriente, olímpica y esencial, descendida presurosamente a una cita en el jardín d'annunziano. Irrumpe de repente la Vida en el corazón de sus cantos; parece abandonarse su musa a un vértigo cósmico, suntuosamente ataviada, en la diestra la lámpara de las victoriosas alegorías. Maduro y trascendente el estro, firme el pensamiento, la voluntad rectilínea. Y entonces la nostalgia y la duda se transforman en afirmación y alborozo.

Fué el amor el asunto dominante de los mejores poemas de María Eugenia Vaz Ferreira, y la observación del plano espiritual en que se situó para cantar, nos presenta la faz más extraordinaria de su personalidad.

¡Cantó al amor inmaterial y beato, a la manera de la Santa de Avila, o al amor angustiado como una flor crepuscular de Otoño de la Condesa de Noailles de la

última modalidad de "Los Vivos y los Muertos": "Tu dormiras d'un long, epouvantable somme—qu'aucun songe n'ement—Tes yeux qui se couchaient dans le regard des hommes—seront seuls tous les deux"! Cantó a tono con la roja sinfonía sensual, el tono de Mme. Lucie Delarue Mardrus, el de nuestra Delmira Agustini: en los labios abrasados de sed "la copa de llamas" y la "estrella dormida en el corazón"! Cantó, acaso, al amor sereno, inesfable y confidencial de los tibios recogimientos domésticos, como la Ada Negri de "Maternità" y la chilena Gabriela Mistral!

Podrá haber tentado María Eugenia alguna de estas modalidades, pero de manera demasiado fugaz. Su férrea contextura lírica, hierática, y a las veces emocional, la llevó cantando al amor hacia los habituales cauces de su inspiración, desmesurados y candalosos, ora desembocando en cataratas de pasmosa armonía, ya en espejos lacustres de atormentados mirajes o en desconcertantes abismos de luz. Adquiere el Amor en sus poemas una representación maravillosa y a veces paradójica; abstracta y cerebral; ardiente y mármorea. Adquiere el Amor en sus poemas, un significado heroico, y a él se adelanta como para combatir, con armadura y luminosa espada, las creencias flotantes al viento de la leyenda, como si fuera desplazada su figura de algún mito germánico.

Alguien la definió como a una greco-romana de la poesía. Griega en el sentido religioso de la forma plena y clara. Germana por su representación heroica y grandiosa del Universo y de la Vida." Exactísima esta interpretación, que surge espontánea cuando se analiza el plano de su personalidad que ahora comento. Canta al amor con los acentos de las antiguas tragedias y adopta la apostura de los mármoles inmortales. Poco le importa la técnica de su verso; si el cincel le resulta esquivo, ella sabrá modelarlo con

sus propias manos de combatiente. Nada espera de la esperanza y el consuelo, que ella los mira desde la constelación de su genio, como a los diminutos sentimientos de la "via smarrita". Aparta su cuerpo con violencia de la inmediata sensualidad de los hombres; ahuyenta de sí a la sombra doliente del amor nazareno, y se complace en trocar la delicia sensitiva de la confianza o del hogar, por esa renunciación altanera de su pensamiento y de su amor, que no es resignación, por cuanto afirma su capacidad superhumana para la soledad y el dolor.

*"Tú quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.*

*Pero sé que el corcel de tus descos
Marcha inminente a su primer derrota;
Que al preciado joyel de sus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.*

*Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que obrasas
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.*

*Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera
La que ostenta la flor de mis desfilos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.*

*Es inútil que el ritmo de tus sienas
Marque el vigor de tu viril arrojo.
Y alado al eslabón de mis desdenes
Los dientes hinquen en tu labio rojo.*

*Es inútil que henchido de coraje
Suelta la garra en pos de tu quimera,
Como el león que acecha entre el bosque
Des al aire la ondeante cabellera.*

*Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.*

*Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vientos
De los más fuertes águilas caudales.*

*Es inútil que rijas y segura
Contra mi pecho tu potencia esgrimas.
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas."*

El invariable enigma femenino se manifiesta de tal modo en su canto en uno de sus aspectos más hondos e imprevistos. Y para equiparar la magnitud y la sensación de su misterio, viene a mi memoria el caso de aquella admirable rusa, María Baskirchhoff, no porque el ejemplo resulte análogo, ni por el modo literario de una y otra artista, ni tampoco por la posición moral de ambas frente al tema amoroso. Lo eroico, aunque diferente, por el espectáculo desconcertante que él también representa. María Baskirchhoff, proclamada junto con Jorge Sand y Ada Negri, como al tipo completo de la mujer intelectual, fué algo así como "una Santa Teresa de la carne". Vivió para la devoción; y el éxtasis de su propio cuerpo. Idolátricamente ante su cuerpo, virginal y joven, prostró su espíritu en todos los instantes de su vida, como si fuera una divinidad antigua. Y cuando presintió que llegaba el

momento supremo de su existencia, vistió de rosas a su frente inspirada y de blanco a su cuerpo, para desposarse con la muerte.

Nuestra heroína cantó el amor muy lejos del simplicismo hoy de moda, y que detrás de su ingenuidad muchas veces "voulu", no se oculta otra cosa que la medianía y la pobreza líricas. Cantó al amor en sonoridades ignotas y relampagueantes, coincidiendo a menudo su filosofía con la del lema wagneriano puesto al frente de uno de los dramas sinfónicos: "grande es la fuerza del que desca, pero más grande es la fuerza del que renuncia." Cantó al amor nuestra heroína y al amante supremo. No lo hizo, por cierto, con el acento y con el gesto de aquellas criaturas de Scherezada, profundas en la ciencia de amar, dueñas del filtro de la voluptuosidad y la sabiduría, protagonistas de las más extrañas historias, nil y una noche resistiendo los torvos embates del Destino, pero esclavas, al fin, de los amos de la sangrienta cimitarra. Cantó al amor extraordinario y no parece sino que llegara su canto como una floración de tragedia del fondo del océano de la sinfonía wagneriana. Llega jadeante el ritmo de su verso. Espacios incommensurables, él ha debido trasponer. Salvando abismos en misterioso vuelo, ha llegado a los lindes de la expresión armónica. Y es fuerza acompañar sus ritmos con la orquesta de Bayreuth. Como en las representaciones geniales del maestro, pudiera con ellos cantarse por sobre al Amante humano a la "conciencia y a la voluntad del amor heroico."

Ella reclama para musicar su estrofa el rumor de la selva primordial. Y antes que el espectáculo de los dioses impasibles del Mediterráneo, parece ser Wotan el señor de su universo: ebriedad de Inz, de poderío y de vida. Inflamada en la magia de las profetisas, óandose impetuosa a su ideal infinito, elevar pudiera

su numen y confundir su impulso con el de la propia
 hija del Dios formidable. Al galope del corcel d'Ele
 Brunhilda, pudiera proclamarse su pasión, bebida : a
 sorbos de llama en el filtro de Isolda. Llega su poema
 de amor como un torrente precipitado de una cumbre.

*Yo quiero un vencedor de toda cosa;
 Invulnerable, universal, sapiente,
 Inaccesible y único.*

*En cuya frágil mano
 Se quebrante el acero,
 El oro se diluya
 Y el bronce en que se funden las corazas;
 El sólido granito de los muros,
 Las rocas y las piedras,
 Los troncos y los mármoles
 Como la arcilla modelables sean.*

*A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
 Las murallas amengüe,
 Se nivelen los pozos
 Las columnas se trunquen
 Y se abran de par en par los pórticos.*

*Que posea la copa de sus labios
 El licor de la vida,
 El virus de la muerte,
 La miel de la esperanza,
 Las beatas obleas del olvido
 Y del divino amor las hostias sacras.*

*Que al erótico influjo de sus ojos
 Se empañen los cristales,
 La nieve se calcine
 Se combustione el seno*

*Virginal de las selvas
Y se empenache con ardientes ascuas
El corazón de la rebelde fémina.*

*Que al rayar de su testa iluminada,
Resbalen de las frentes
Las más bellas coronas,
Los lóbaros se borren,
Repliegue sus insignias
La faz del estandarte
Y vacilen los símbolos ilustres
Sobre sus pedestales...*

*- Yo quiero un vencedor de toda cosa,
Domador de serpientes,
Trasponedor de abismos,
Encendedor de astros;
Y que rompa una cósmica fonía,
Como el derrumbe de una inmensa torre
Con sus cien mil almenas de cristales,
Quebrados en la bóveda infinita,
Cuando el gran vencedor doble y deponga
Cabe mi planta sus rodillas inclitas.*

He aquí a su héroe. He aquí al caballero de su enorme aventura. El arquetipo al que "ofrendara la sangre de sus venas para su idolatría".

Pero, señoras y señores, ¿habéis pensado alguna vez en lo que significa el retorno de estas almas errantes a la realidad cotidiana, después de sus maravillosas ascensiones? "¡Inexorable fatalidad de la belleza! ¡Nacer sensible es nacer herido!" Y cuanto más honda la herida, más honda la majestad del canto. Así la enfermedad de la madreperla y la ceguera del ruiseñor. Y después del canto, la noche infinita del pájaro divino.

Se afirma de Wágnner que a pesar del arresto impulsivo de su temperamento y del trágico exclusivismo de su ideal, era tan profunda su sensibilidad, que palidecía frente a una flor tronchada, o ante el sufrimiento de una bestia. María Eugenia, lo sabéis bien los que fuisteis sus amigos o amigas, "sufría" también una sensibilidad quebradiza y enferma. Su lira exaltada, silenció demasiado el acento humilde, el ritmo íntimo y emocionado, el acorde "normal" con que se expresa el sentimiento básico de los humanos y la sociedad. La épica de Ada Negri, por ejemplo, no se desmedró sino que se complementó con ese acento. ¡Lástima de nuestra poetisa! Pero fué víctima principal la propia inspirada. Su excepcionalísima idiosincrasia personal, la impelió hacia rumbos helados. Yermos a los que sólo atemperaba el lejano resplandor de su genio. Multiplicaron su sacrificio el decoro, la dignidad y la nobleza, que fueron también características ingénitas de su idiosincrasia. Se acorazó de rebeldía lírica y pasó por las calles su inflexible desdén de inadaptada.

Cierta ocasión un poeta joven pretendió cortejarla y con rimas intrépidas atreviése a modular sus coitas. Pero he aquí que el rendido madrazalista se encontraba en el caso de abandonar a su antigua prometida para consagrarse a la "Dea", como él gustaba llamar a la poetisa. Indignó a María Eugenia la situación de competidora en que la colocaba el cuitado y al impulso de su soberana lentid íntima, envióle, con la firma de su prometida, este soneto:

"Deja dormir en paz el alma de la "Dea"—Sobre la torre angusta de su melancolía,—Deja que surque sola su trágica odisea—Y tú, marcha conmigo sobre la misma vía—Ofrendará su sangre para tu idolatría—mi corazón humano donde el amor flamea...—Yo guardo entre mis labios la dulce miel bíblica—ella, no

puede darte la sabrosa ambrosía!—Su pecho está sepulto bajo una áurea coraza—el mío fervoroso, conservará tu raza—su “hermosura” es de sombras—mi belleza es de luz.—Las dos vamos prendidas por un azar distante—Yo de tus brazos entre la carne palpitante,—ella, de la quimera, sobre la eterna cruz”.

Efectivamente, fué la quimera su cruz. Quimera luminosa de estrellas, perfumada de castos esuvios, trémula de canciones, insondable de meditación, millonaria de angustias. Fijo el numen en su inmutable predestinación: Anauké de su gloria, impávido en el término de su calle de amargura, paso a paso la recorrió por entero al ritmo de su inmensa nostalgia...

¡Y se perdió en una sombra de astros! La tierra propicia la llamó de nuevo y apresuró el regreso. Cumpliéndose así la previsión de sus versos, (1) volvió a la tierra “triste de orgullos nobles e infecundos y con la virginidad de las estatuas.” La tierra la había “brotado caprichosamente alguna vez en que se confundieron sus potencias en una sola ráfaga.” Fué así cómo hubo encontrado su senda, después de perderla en la “salvaje selva de su perpetuo afán contradictorio.” Fué así cómo pudo, “tirar los ojos entre los astros quietos; tirar la boca entre los cálices de ferviente aroma.” Fué así cómo dió su “último adiós al insondable enigma del deseo”, invadiendo el imperio de la entraña materna,

“Con su sayal mortuario toda envuelta

“Como en una bandera libertaria”...

¡Perdurará todavía en sus ojos el miraje de oro, en su garganta el trino, la desazón profética en su espíritu de sangre y mármol y en sus venas los heroicos rubíes, y el incendio solar de su corazón!

José G. ANTOÑA.

(1) «El Regreso».

NOTA

Exigencias de espacio nos hacen postergar para los números siguientes las acostumbradas secciones "Glosa del mes", "Educación", "Crónica de arte", y "Notas Bibliográficas", de cada una de las cuales la Dirección tiene ya dispuestos los originales que se publicarán.